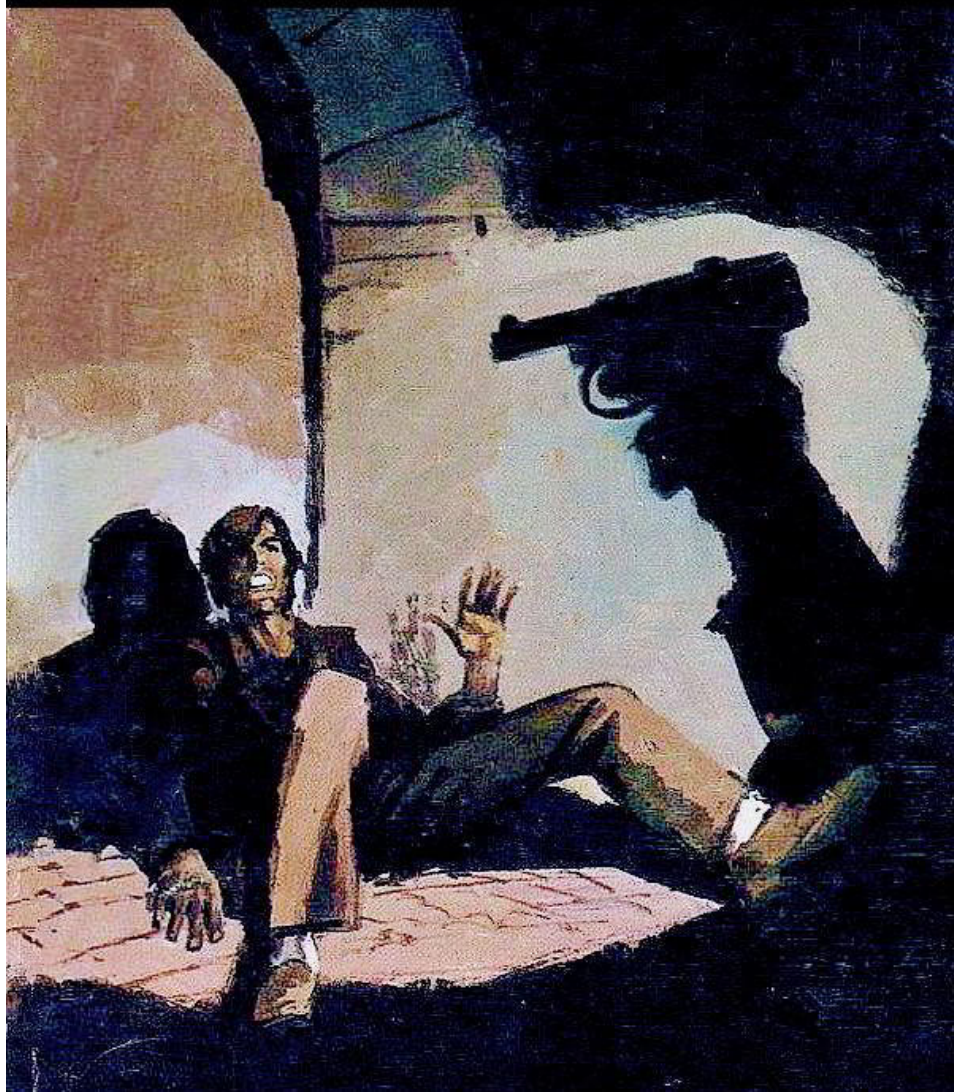


BOLSILIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

¡MATAD A LA RATA! Silver Kane



Los dos jóvenes pusieron en marcha el coche robado, un magnífico «Cadillac» ocho cilindros, tan silencioso como si no tuviera motor, y miraron a distancia la puerta de la penitenciaría femenina de Los Alamos County.

Uno de ellos musitó:

—Ya sale.

—Puntualísima, ¿eh? La hora exacta. ¿Seguro que es ella?

—Claro que es ella. Ha cambiado un poco, en siete años, pero es ella. Fíjate.



Silver Kane

¡Matad a la rata!

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1435

ePub r1.0

Lds 24.11.18

Título original: *¡Matad a la rata!*

Silver Kane, 1978

Cubierta: Desilo

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

LIBERTAD BAJO PALABRA

Los dos jóvenes pusieron en marcha el coche robado, un magnífico «Cadillac» ocho cilindros, tan silencioso como si no tuviera motor, y miraron a distancia la puerta de la penitenciaría femenina de Los Alamos County.

Uno de ellos musitó:

—Ya sale.

—Puntualísima, ¿eh? La hora exacta. ¿Seguro que es ella?

—Claro que es ella. Ha cambiado un poco, en siete años, pero es ella. Fíjate.

En efecto, una mujer que ya debía haber cumplido los veintiséis avanzaba arrastrando los pies por la acera algo polvorienta. El sol que acababa de brotar por encima de las crestas de los montes Santa Susana se proyectaba sobre sus cabellos y arrancaba, a éstos, suaves reflejos rubios. Antes, Sue Laminer había sido una belleza, pero aunque los siete años de encierro la habían destruido, en parte, seguía conservando algo de su gracia felina. Sus líneas se habían abultado un poco porque en la prisión no se hace ejercicio, y sin embargo seguía siendo tentadora, tensa, con una gracia animal en cada una de sus curvas. Por lo menos los dos hombres que la aguardaban la vieron así.

El que antes había hablado, musitó:

—No conviene que nos vean. Aguardemos en la esquina.

—Todavía está guapa, ¿eh? —Mucho. De verdad, me gusta.

—Sobre todo el pelo, ¿eh? ¡Qué pelo más maravilloso tiene!

—Oye, ¿y es igual de rubia *en todas partes*? —Antes lo era.

Los dos rieron silenciosamente. Estacionaron, en la esquina, el «Cadillac».

La mujer que se acercaba a ellos, Sue Laminer, había salido de la penitenciaría en secreto, y la verdad era que tenía motivos para alegrarse de ello, porque, de lo contrario, hubiesen acudido a esperarla los periodistas de medio país. No en vano, ocho años antes, su cara ligeramente despectiva, sus ojos helados, sus cabellos rubios habían dado la vuelta al mundo.

Sue Laminer encendió un cigarrillo.

Su primer cigarrillo en libertad, después de tantos años. Aspiró el humo con una especie de fruición.

Cuando fue condenada por asesinato en primer grado, siete años antes, el juez le había garantizado, al menos, una cosa buena: que no volvería a fumar. En efecto, en un plazo de dos años, agotadas todas las apelaciones^[1], moriría en la horca, al viejo estilo de las leyes californianas, o bien en la cámara de gas.

Pero, mientras tanto, había sido abolida la pena de muerte, y la pena capital de Sue Laminer se transformó en una condena a reclusión perpetua. Pero ¿qué es la reclusión perpetua? Todos los asesinos saben bien que, si escapan del patíbulo, lo demás tiene sólo una relativa importancia. La mayoría de los países conceden indultos, y en muchos Estados de Norteamérica, entre ellos California, se puede solicitar la libertad bajo palabra, a los siete años de cárcel. Por eso el primer acto de Sue, cuando se enteró de que no iba a ser ejecutada, fue enviar una carta al juez que la condenó, diciéndole que se acordaría de ella. Pese a estas amenazas, había obtenido la libertad bajo palabra sin dificultad alguna.

Y ahora estaba allí.

Disfrutando, sin restricciones, del sol de California. Feliz como un pájaro.

Dispuesta a sacarle todo el jugo de la vida.

Por supuesto que ya no se acordaba del juez que la condenó, y, aunque se acordase, tampoco habría cumplido su amenaza, porque entonces sí que podía caer a lo más hondo del presidio. Pero había otras cosas que era posible hacer. Docenas de cosas.

Por ejemplo, cosas con los dos jóvenes que estaban dentro de aquel «Cadillac».

Los reconoció enseguida.

—¡Joe! ¡Nick!

Los dos habían bajado en la esquina para abrazarla, sin ser

vistos desde la prisión. Por unos momentos formaron una pina humana mientras se tocaban, se palpaban, se besaban los tres a la vez en una promiscuidad que les recordaba los buenos tiempos de Rancho Evanson, donde habían vivido juntos y donde practicaban el sexo en grupos de a diez, para que fuese más variado. Sue Laminer dijo, con voz ronca:

—¡Qué ganas de macho tenía!

—Pues no te preocupes; podemos hacerlo aquí mismo. El coche es grande. —¿Lo habéis robado?

—Esta misma mañana, al enterarnos de que salías, por lo que nos dijo un soplón.

—¿Pero vosotros no estabais en la jaula? ¿Cuándo habéis salido?

—Hace dos semanas.

—Pero os condenaron a doce años...

—¿Y qué son doce años, con eso de los *derechos de los presos*? Se hizo una campaña en favor nuestro y hemos salido antes de los siete; antes que tú.

Se introdujeron en el coche, en la esquina solitaria, mientras el sol iluminaba, ya de lleno, Santa Susana, y las residencias de San Fernando y Chesworth, que se extienden a sus pies. Sue empezó a bajarse la cremallera de los tejanos.

—¿Con los dos? —preguntó.

Joe y Nick la empujaron ávidamente dentro del coche.

—¿Y por qué no, guapa?...

* * *

En aquella tranquila mañana del domingo, cuando los primeros madrugadores bostezaban y se rascaban bajo la camiseta, disponiéndose a ir a tomar un poco el sol a Santa Mónica, Luger tomó su último café en la redacción del *Los Angeles Times*, el periódico de mayor tirada del país, descolgó su americana de la silla y se dispuso a salir, con los ojos cargados de sueño. Durante toda la noche había estado de guardia porque el corresponsal en Moscú le había hablado de serios incidentes en la frontera ruso-china, que podían desembocar, en las próximas horas, en un conflicto de tipo general. Era una noticia por la que se podían perder todas las noches de la semana, pero, al fin y al cabo —y como siempre—, no

había ocurrido nada. Simplemente unas notas diplomáticas de protesta que habían sido introducidas en la segunda edición del periódico. Toda la noche perdida para tan poca cosa.

Pero es que nunca se sabe.

El periodismo es así.

Luger avanzaba, arrastrando los pies.

Empezaba a estar ya viejo para aquel cochino oficio.

Comidas a deshora, cafés bebidos con embudo, *whisky* tomado con manguera, noches en vela, los zapatos que te aprietan, la mujer que dice que te has vuelto marica porque ya no le haces caso, el humo del tabaco saliéndote por las orejas, la agenda llena de cosas que uno debería hacer y que no tendrá tiempo de hacer nunca... Luger llevaba treinta años arrastrándose por las redacciones y ya estaba hasta las pelotas de vivir así. Pero si no viviera así, ¿qué haría?

No conocía otra existencia que le llenara más que aquélla, a pesar de todo. Si algún día le echaban del periódico, lo más probable sería que acabara colgándose de una palmera de Beverly Hills.

Iba a salir, cayéndose de sueño, cuando entró Matthews.

Matthews llevaba tantos años arrastrándose por las redacciones, como él.

Se querían mucho.

Por eso se saludaron tan afectuosamente:

—¡Hola, hijo de perra!

—¡Hola, marica!

Matthews también tenía aspecto de haber pasado la noche en blanco. Si Luger era un especialista en política internacional, Matthews era un especialista en los bajos fondos de Los Angeles, que figuran con matrícula de honor entre los bajos fondos más siniestros del mundo. Conocía a todos los policías, a todos los confidentes, a todos los asesinos, a todos los *pispas*, a todos los toxicómanos, a todos los invertidos y a todas las lesbianas. Si el trasero de una criminal se movía en Los Angeles, Matthews podía saberlo, incluso antes que el fulano que se lo acariciaba.

Pero ahora tenía un aspecto derrotado y hundido. —Toda la noche, para nada— masculló—. Y eso que me lo habían dicho.

—¿Te habían dicho qué...?

—Varias cosas. Una de ellas era que Sue Laminer saldría de Los Alamos County en libertad bajo palabra. Te acuerdas de Sue Laminer, supongo. Fue la que cometió aquellos asesinatos tan parecidos a los de Cielo Drive^[2]. La que abrió en canal a aquella madre y a su hija de tres años, sólo para demostrar a sus amigos que era capaz de hacerlo. La condenaron a muerte, pero ya se sabe lo que ocurre. Cuando la pena capital no se cumple, los asesinos se pueden reír de la ley.

—La recuerdo perfectamente —dijo Luger—. La que tuvo el cinismo de explicar al jurado la sensación tan placentera que había tenido al rasgar, con el cuchillo, la piel tierna de la niña.

Mattews se sirvió una taza de café de la máquina. El sol entraba a raudales en la redacción y hacía que los dos hombres parecieran más cansados, más hundidos, más viejos. El sol no perdona las arrugas, las ojeras ni las rodillas que empiezan a doblarse. Luger se colgó la americana al hombro, mientras gruñía:

—No es posible que a una zorra semejante la hayan dejado en libertad.

—Hum... Yo tampoco lo creía, pero me aseguraron que sí. De todos modos, no lo he podido confirmar.

—¿Y por qué no has ido a Los Alamos County para saberlo?

—Ya he ido. He estado hasta las seis de la mañana, pero entonces me he largado porque he supuesto que ya no saldría. Además, por la emisora del coche han empezado a dar la noticia de que Loma Muren se había fugado de la cárcel^[3]. He buscado a una serie de chivatos que me pudieran ampliar la información, pero nadie sabía nada. Alguien me ha asegurado, también, que Bronco Cassidy había regresado al país. Nueva vuelta por los ambientes del chivatazo, buscando una orientación, y nada de nada. Total, que he perdido la noche miserablemente. No traigo ni una puñetera noticia.

Se bebió de un sorbo el café e hizo luego una mueca de asco. Su eructo llenó la redacción de olor a *whisky* malo y pagado a plazos. Luger se medio dejó caer sobre una mesa.

—¿Lorna Muren? —Susurró—. ¿La que ametralló a cuatro hombres, —zona de Canoga Park?

—Sí, la condenaron: veinte años por considerar que era una venganza, en cierto modo legítima. Loma Miren *la Rata*,

encubertad... Imagínate. Y lo de Bronco Cassidy... ¿no era una notición, también? ¿No era para perder la noche? El policía al que expulsaron porque jamás detenía a nadie. Sencillamente, mataba...

Hizo un gesto de cansancio definitivo, como si fuera a hundirse de un momento a otro, y añadió:

—En fin, redactaré las noticias como simple rumor para la edición de la noche. ¿Te ibas?

—Sí —dijo Luger, desmayadamente—. Oye: no creo una palabra de todo eso...

—Yo tampoco —gruñó Mattews—. Todas esas fieras en libertad... Es imposible.

Y se sentó para escribir, pero acabó quedando dormido encima de la máquina.

* * *

El «Cadillac» se deslizaba como una flecha hacia las playas de Malibu, a través de los montes Santa Mónica.

La libertad era maravillosa. Todo sonreía.

Sue, Joe y Nick habían pasado el domingo reunidos con viejos amigos y fumando *hierba*, hasta caer en un profundo sueño. Al acabar éste, ya al mediodía del lunes, Sue se había entregado a una serie de perversiones sexuales con varios miembros del grupo, porque ya estaba harta de tanta abstinencia. Ni Joe ni Nick habían participado en la fiesta, porque estaban dormidos aún. Pero al anochecer, cuando tomaron de nuevo el «Cadillac» llevándose a Sue, estaban excitados y quisieron hacer el amor con ella otra vez. Sue les dijo con palabras gruesas que ya estaba harta de tío, que lo que quería era comer bien, y que, para comer bien, hacía falta pasta larga.

Entre los tres no reunían más allá de veinte dólares.

Decidieron, por tanto, dar un golpe. Si bien estaban en libertad bajo palabra, las posibilidades de que les atraparan eran sólo de cinco entre diez, de modo que valía la pena correr el riesgo.

Pero durante la noche del lunes no encontraron nada.

En la mañana del martes habían gastado ya los veinte dólares y la libertad les seguía pareciendo maravillosa, pero sus estómagos estaban vacíos. La necesidad de dar un golpe se les hacía más

apremiante cada vez. Examinaron las posibilidades.

¿Una gasolinera?

¿El pagador de un Banco?

¿Una casa aislada?

Pero en las gasolineras y las casas aisladas puede haber armas y teléfonos, de modo que por ahí corrían demasiado peligro. También los cobradores de los Bancos suelen llevar, al menos, un calibre 22 de pequeño tamaño. Por lo tanto eligieron algo mucho menos peligroso.

Una niña.

La vieron salir de la escuela secundaria y avanzar sola por Wellington Malville Road, entre jardines mal cuidados y casas solitarias. Debía tener unos trece años. Los ojillos viscosos de Joe y de Nick brillaron, al distinguir bajo el uniforme colegial, las ya torneadas formas.

Sue dijo, con voz pastosa:

—Esas guarras llevan dinero. A veces, sus padres les dan hasta cincuenta dólares.

Los dos ex presidiarios no lo pensaron ni un momento. El «Cadillac» se detuvo bruscamente junto a la niña, que no se había dado cuenta de nada. La

«Smith & Wesson»

de Joe, se le clavó en la sien.

—Tú vienes con nosotros, cachonda.

Casi en las playas de Malibu, solitarias aquel martes por la mañana, junto a un camino secundario de las montañas, Joe y Nick violaron, por turno, a la niña. Joe quedó tan satisfecho, que repitió. Mientras tanto, Sue reía como una loca, viendo contorsionarse a la víctima.

Fue ella misma la que la mató, después de robarle todo lo que llevaba.

Los que están en libertad bajo palabra y han prometido hacer vida honrada al salir de prisión, no pueden dejar huellas.

CAPÍTULO II

RATA

—Es difícil saber por qué lo hizo —explicó el teniente Bradley, mientras cerraba un momento los ojos cargados de sueño—, porque Loma no dio ninguna clase de explicación durante el juicio, pero aquél fue un ametrallamiento sin piedad. Disparó cuatro cargadores y los forenses contaron hasta veintiocho balas en cada cuerpo. Luego, cuando la policía la acorraló, hundió las costillas al agente Sullivan y lo envió al hospital para siete meses. Al agente Person le rompió la pierna por dos sitios y a consecuencia de eso, ha tenido que pedir el retiro. Esa mujer, Lorna Muren, es una hiena, una rata de primera categoría, un peligro público declarado, porque lo único que dijo en el juicio fue que volvería a matar. Por eso nunca le concederán la libertad bajo palabra.

El nombre que le escuchaba, hizo un breve gesto afirmativo. Era un tipo bien digno de estudio, ésa es la verdad.

Con su metro ochenta y cinco de estatura, debía rondar los cien kilos de peso.

Pero todo era músculo, duro como la roca.

Sus ojos eran perfectamente fríos, perfectamente indiferentes, perfectamente inhumanos.

Sus puños eran enormes. Había en ellos algo que impresionaba.

Tenía esa edad indefinible que va de los veinticinco a los treinta, y la línea fría de sus labios indicaba que nada le causaba la menor emoción. Parecía como si lo que le contaba el teniente Bradley fuese, para él, el cuento de Blancanieves.

—En cambio, han dejado en libertad, bajo palabra, a Sue Laminer —gruñó.

—Sue Laminer es una especie de subnormal y soportó

correctamente en prisión. Además, ella no habló de matar a nadie.

—¿Sí? ¿Y qué hace, ahora?

—La Junta de Libertad Vigilada ha perdido el contacto con ella, pero eso es natural. Se habrá reunido con sus viejos amigos y habrá bebido hasta perder el conocimiento, como hacen todas. El miércoles o el jueves se presentará al oficial encargado de su custodia, ya lo verá. A mí, esa mujer no me preocupa.

—Es asquerosa —dijo el hombre de la mirada glacial.

—¿Sí? ¿Usted qué hubiera hecho con ella, *Bronco* Cassidy?

Los nudillos del enorme *Bronco* Cassidy crujieron extrañamente.

—La hubiese ahorcado o enviado a la cámara de gas cuando aún era tiempo —gruñó—. Dejándola en libertad, ahora, la ley no ha hecho más que mantenerla y cuidarla durante siete años. Y a las víctimas que les den por donde les tienen que dar, ¿no?

—Parece que usted no ha cambiado, *Bronco* Cassidy.

—¿En qué, no he cambiado?

—En que sigue teniendo, de la justicia, una idea despiadada.

—Cuando el asesino también es despiadado, sí.

—Me parece excesivo, Cassidy.

—Pues entonces, écheme del país otra vez. Expúlsenme definitivamente del cuerpo. Sé que todos mis recursos han sido rechazados. ¿Por qué me han llamado, ahora? ¿Qué quieren? ¿Sabe qué hice con mi placa? La arrojé al primer retrete público que encontré en mi camino.

—Mal hecho, *Bronco*.

—¿Por qué?

—Va a necesitarla. Tiene una posibilidad, una sola, posibilidad irrepetible y única, para recuperar todos sus derechos, pero debe hacer un servicio especial al *sheriff* del condado de Los Angeles. Debe cazar a Loma Muren, antes de que Loma Muren vuelva a matar.

El gigante entrecerró un momento los ojos, mientras susurraba:

—¿Y si se resiste? —preguntó.

—Entonces haga lo que a usted le gusta.

—¿Y qué es lo que a mí me gusta?

El teniente Bradley dijo, con voz helada, bruscamente, casi como un disparo:

—¡Mátela!

Mientras los detectives a las órdenes de la Brigada de Homicidios intentaban desentrañar el misterio de una colegiala de trece años, violada, robada y asesinada cerca de las playas de Malibu, los detectives a las órdenes del *sheriff* de Los Angeles buscaban a la más famosa fugitiva del país, la rata Lorna Muren. Cuando ésta cometió su carnicería, cuatro años antes, nadie supo cuáles eran las razones, pero todo el mundo estuvo seguro, en cambio, de que la cuenta que ella llevaba en la cabeza no estaba saldada y, por lo tanto, volvería a matar. Los detectives de ambas secciones trabajaban juntos en la Central de Policía de Los Angeles, pero difícilmente se hablaban de sus asuntos. Por eso, los del *sheriff* no sabían que se estaba investigando una violación seguida de asesinato, mientras que los de Homicidios no sabían que se estaba buscando por todas partes a la *hiena*. Aunque parezca increíble, los unos sabían del trabajo de los otros lo que habían leído en los periódicos^[4] solamente. Los del *sheriff* también ignoraban que un teniente provisto de poderes especiales, el teniente Bradley, había autorizado a un hombre, también especial, el agente Cassidy, para buscar por su cuenta a la fugitiva. Y que, en caso de resistencia, tenía que matarla.

Mientras tanto, Joe, Nick y Sue se habían decidido ya, a pasar la semana más sangrienta de su existencia. Sabiendo que no les atraparían, y sabiendo, además, que, en el caso de que les atraparan, no lo pagarían con la vida, estaban resueltos a llegar a las últimas fronteras de la degradación, el dinero y el placer. De la colegiala sólo habían obtenido veinte dólares, pero había mujeres, en California, de las que se podía obtener mucho más.

Y que eran maravillosamente guapas.

Y que estaban esperando ser violadas. Realmente, la vida en libertad era perfecta.

El hecho de que el «Cadillac» robado no hubiese sido interceptado, aún, por la policía, les había dado una confianza ciega, una completa certidumbre en que ellos eran más listos que nadie y podían burlar a una ley que se preocupaba mucho de no perjudicar a los asesinos y, en cambio, se olvidaba enseguida de las víctimas. En caso de ser interceptados, les podrían imponer una

pequeña sanción por robo de un coche, pero lo de la colegiala no podría ser demostrado, jamás. Un buen abogado —que el Estado les ofrecería gratuitamente— desharía, una a una, todas las evidencias. Eso ocurría casi siempre, porque los jurados sólo pueden condenar cuando la creencia en la culpabilidad está *más allá de toda duda razonable*, lo cual no suele ocurrir.

El jueves, su necesidad de dinero se hacía ya del todo apremiante y Joe y Nick volvían a tener hambre de mujer. Claro que podían satisfacer sus instintos con Sue, pero Sue, aquellos días, quería emociones más fuertes que las de la cama.

Fue entonces cuando, dirigiéndose a San Diego con la intención de colarse en México, vieron caminar por un atajo a aquella mujer. Y los dos hombres sintieron inmediatamente que se quedaban sin habla.

Era difícil saber lo que tenía aquella mujer. Efectivamente, ni Joe ni Nick ni Sue hubieran sabido describirlo.

¿Que era más alta que las demás? Bueno, hay muchas mujeres altas en California, porque no se entra en los estudios de Hollywood sin tener una estatura mínima. ¿Que era más guapa? La verdad es que en la zona de Los Angeles uno encuentra con facilidad —a causa del mundo del cine— a las mujeres más guapas del inundo. ¿Que tenía unos suaves movimientos de pantera? Bueno, eso era, realmente, lo que resultaba difícil de definir.

Había en ella algo especial.

En sus curvas potentes.

En sus ropas que parecían las de una vagabunda pero que estaban limpias.

En su mirada lejana.

Pero la verdad fue que Joe y Nick sólo se fijaron en las curvas.

Detuvieron el «Cadillac», de pronto, al borde del camino solitario.

—¡A por ella!

Todo iba a ser muy sencillo.

La vieja técnica.

Primero derribarla con un golpe del coche.

Segundo, saltar los dos sobre ella.

Tercero, ponerle un cuchillo en la garganta.

Cuarto, decirle que si no era tonta, todo iría bien.

Claro que luego todo iba mal.

Elemental, querido Watson.

Y así lo hicieron.

La mujer cayó, al recibir el impacto.

Joe y Nick saltaron.

El cuchillo.

La amenaza.

—¡O te estás quieta o la *chingas*, pequeña!

Fue Nick el que habló.

Y el que primero se encontró con aquellos ojos.

Y No pudo entenderlo.

No eran los ojos de una mujer.

Eran los de una bestia.

Fue él quien sintió aquel cuchillo hundiéndose hasta el fondo de sus entrañas.

La mujer, desde el suelo, sin una palabra, le había atravesado.

Nick no gritó. No tenía fuerzas.

De pronto, su cara pareció romperse en una especie de espantosa mueca.

Joe no se había dado ni cuenta.

Fue a caer, también, encima de la mujer.

Y entonces vio la sangre.

Se encontró con aquellos ojos.

Con aquella sonrisa helada.

—Duerme, cariño —dijo ella.

El cuchillo ya estaba tinto en sangre.

De un solo tajo segó la garganta de Joe.

Y se puso en pie de un salto.

A través de los cristales posteriores vio los ojos de Sue Laminer. Sue iba desarmada, porque no había tenido tiempo de hacerse con un revólver, pero intentó desesperadamente saltar a la parte anterior del coche y ponerlo en marcha. Antes de que lo consiguiera, una de las portezuelas posteriores se abrió secamente.

La desconocida masculló:

—¡Querida, qué amable eres!

Antes de que Sue se diera cuenta, ya había sido sacada del «Cadillac» por una fuerza casi inhumana, brutal, una fuerza que era impropia de una mujer. Y antes, también, de que se diera cuenta, ya

tenía aquel cinturón en torno al cuello.

La desconocida apretó brutalmente.

La lengua de Sue pareció saltar.

Sus ojos estaban desencajados.

Mezclada con su saliva sanguinolenta, brotó la súplica:

—¡Nooooo!...

La mujer aflojó la terrible tensión, pero no fue para perdonarla. Inmediatamente, Sue se dio cuenta de que iba a ocurrir algo peor. El otro lado del cinturón, en la parte correspondiente a la hebilla, fue enganchado por la portezuela al cerrarse ésta.

Sue no tuvo tiempo de librarse, porque la presión en su cuello todavía era angustiosa y estaba al borde del desmayo. Cuando empezó a reaccionar, ya la desconocida se había sentado en el «Cadillac».

Y ya lo estaba poniendo en marcha. Sue Laminer cayó de rodillas.

Fue brutalmente arrastrada por aquella especie de tanque.

Aulló con todas sus fuerzas, con toda su sangre:

—¡No! ¡Piedad! ¡No! ¡Nooooo!

Su verdugo pareció no oírla. Y, si la oyó, no hizo maldito caso.

Sue Laminer fue arrastrada por el coche, hasta dejar pedazos de su cuerpo en el camino vecinal. Cuando el «Cadillac» terminó su fatídica carrera, el cadáver era apenas un pingajo desgarrado.

La mujer bajó, entonces.

Apenas dirigió una mirada atrás.

Y siguió su camino como si no hubiera ocurrido nada.

CAPÍTULO III

PIENSA Y MATA

El forense Nubligan hizo una seña para que fueran retirados los tres cadáveres y luego anduvo pensativamente hacia la furgoneta que iba a trasladarlos a la Morgue de Los Angeles. Pese a la experiencia que tenía, pese a todo lo que llevaba visto en este mundo, no podía evitar que una mancha gris se hubiera aposentado sobre su rostro.

—Han sido unas macabras muertes y un macabro suplicio —dijo—. Y todo realizado por una sola persona.

El teniente Bradley, de la Sección Especial, retiró de sus labios el cigarrillo que había estado fumando y preguntó:

—¿Cómo lo sabe?

—He de confirmarlo, pero el arma empleada fue solo una, y la técnica de las cuchilladas fue, en ambos casos, exactamente la misma.

Y añadió, con la mirada perdida:

—No lo lamento, teniente.

—¿Por qué no?

—Yo no soy policía, pero a esos dos tipos les había visto en las fichas. Sé perfectamente quiénes eran.

—¿Y a ella? ¿La conoce?

El forense apenas la miró.

—Hija de mala madre —fue todo lo que dijo.

—¿Ha reconocido a Sue Laminer?

—¿Y quién no?

Bradley hizo una mueca. Ciertamente que el pesado sol de California le daba en los ojos, pero seguía teniendo la mirada perdida como si no entendiera nada.

—¿Quién pudo hacerlo? —preguntó, como si no hablara con nadie.

El sargento Brown avanzó, entonces, pesadamente, hacia él.

—Teniente —dijo—, ha sido una sola persona.

—Eso es lo que opina el forense, ¿pero por qué piensa usted lo mismo?

—Por las huellas. Está todo muy claro en ese camino polvoriento. Iba una sola persona avanzando, cuando el coche se detuvo junto a ella. Luego se produjo una pelea en la cual murieron los dos tipos, antes de ser Sue capturada a lazo. Pero el detalle más asombroso es éste, Bradley.

—¿Qué detalle?

—Las huellas son de mujer.

Bradley tragó saliva.

No quería creerlo.

—Quizá un hombre, que llevaba zapatos de mujer —dijo.

—Sí, claro.

Pero nadie lo creía. Todos quedaron lívidos sintiendo el sol en sus ojos. De pronto, Bradley se introdujo en el coche patrulla, dotado de teléfono.

Necesitaba comunicar con un número que sólo él conocía.

Necesitaba hablar con un tipo llamado *Bronco* Cassidy.

Un perfecto hijo de la gran marrana.

* * *

Cassidy le dio un manotazo en las nalgas, le dejó marcados los diez dedos y luego dijo, con voz tranquila:

—*Ciao*, nena.

La *nena* no parecía muy conforme.

—Estás en baja forma, macho. Después de tanto tiempo fuera del país y de tanto desearme, resulta que nada de nada.

—¿Y antes qué; nada de algo?

—¡Uf! Yo recuerdo sesiones de mucho de mucho.

—Seguro que no era yo. Te metiste en la cama con mi hermano gemelo —gruñó *Bronco* Cassidy.

Y salió de la habitación.

Buen sitio para empezar a vivir otra vez.

Las playas de Santa Mónica, al fondo.

La silueta desnuda de Margaret recortándose contra las grandes cristaleras.

Sus líneas, su piel, sus besos.

Y el marido de Margaret realizando una misión diplomática en Kenia.

Okay.

Margaret susurró:

—¿Vendrás mañana?

—¿Cuál es tu número favorito, nena?

—El seis.

—No sé si podré contarlos —dijo Cassidy.

Y salió de allí.

La vida en California podía ser maravillosa, según como se mirase.

Palmeras mecidas por el viento.

Casas blancas que recibían la brisa de la playa.

En cada esquina chicas que esperan una oportunidad. . *Okay.*

Pero *Bronco* Cassidy pensaba realmente en otras cosas. Pensaba que él también estaba en una cochina esquina teniendo delante una cochina oportunidad.

Si atrapaba a Lorna Muren, se lo perdonarían todo.

Si no la atrapaba..., ¡largo, perro! ¡Apesta!

Sabía que Bradley no iba a darle ninguna otra oportunidad.

Pasó por el pequeño despacho que le habían asignado como cuartel general, mientras la operación durase. Allí había lo esencial. Una cama, una ducha, una botella de *whisky* y un teléfono. El despacho había pertenecido, hasta dos semanas antes, a un detective que se pegó un tiro, y el Juzgado número Ocho de Los Angeles, lo tenía embargado por deudas.

En los despachos de la mesilla aún había revistas porno, direcciones de acreedores y direcciones de chicas. Según había podido ver Bronco con un simple vistazo a los teléfonos, el detective se debía armar un lío entre unos y otros, de modo que a veces debía llamar a una chica para decirle que no le podía pagar y otras debía llamar a un acreedor para pedirle que se metiera con él en la cama. Un tío así, como era lógico, tenía que acabar pegándose un tiro un día u otro.

El agente especial puso en marcha la cinta del contestador automático de llamadas.

Había solamente una de Bradley. Era todo un poema:

—¡Hola, cabrón, al habla el teniente Bradley! Sí, ya sé que me conoces por la voz, pero puedes ahorrarte el trabajo de cagarte en mi madre porque yo me he cagado ya en la tuya. Voy a darte noticias frescas: Loma Muren está aún en el condado de Los Angeles y una jauría de detectives se ha puesto en movimiento tras ella, pero sé que no la cazarán. El único que puede conseguirlo eres tú. ¿Que cómo sé que está aún en el condado de Los Angeles? Mira los programas locales de televisión esta noche, marica, y si aún te quedan quince centavos cómprate el *Los Angeles Times*. Ha matado a dos grandísimos hijos de la gran zorra llamados Joe y Nick y ha matado, también, a Sue Laminer, pero de una forma horrible: arrastrándola con su propio coche. Ah... Quizá te sorprenda que en mi despacho te tratara con una cierta consideración y ahora te trate como te mereces, pero es que ahora estás trabajando para mí, y además en un asunto puerco, un asunto de retrete de bar de negros. Por lo tanto, oye esto bien: Loma Muren, la hiena, sigue en el condado de Los Angeles. Mátaala tú antes de que vuelva a matar ella. Es tu última oportunidad para volver a ser un hombre que tenga un futuro delante suyo. No volveré a darte otra. De modo que... ¡muévete!

La comunicación cesó.

Bronco Cassidy pudo comprobar que estaba registrada hora y media antes. Demasiado tiempo perdido.

Quizá Lorna ya se habría largado del condado de Los Angeles. Y a poca distancia hay zonas tan abruptas (empleadas, antes, para rodar películas del Oeste) que si se metía por ellas, tardarían meses en encontrarla.

Cassidy bebió un trago de *whisky*.

Miró una de las revistas porno.

—Lástima —dijo—, ésta Margaret no la ha visto.

Y salió.

Había chivatos en diversos puntos de Los Angeles; mangantes que le podían dar una pista. Pero lo malo de los chivatos es que, según quién les haya pagado, en vez de darte una información te clavan una bala.

Fue al distrito comercial, bordeando el mercado mexicano.
Había, allí, algunos bares que por fuera no parecían gran cosa.
Por dentro eran distintos.

Uno de ellos anunciaba *topless*.

Bueno, eso no es gran cosa. Significa, sencillamente, que las camareras no llevan nada, de cintura para arriba.

Pero cuando uno ha visto ya estas cosas, ¿para qué quiere ver más?

Tocó a la chica de la entrada.

—¡Moc! ¡Moc!

Ella susurró:

—Invítame a un trago largo.

—Te invitaré cuando haya visto a Murdock.

—Murdock no está aquí, macho.

—¿Qué pasa? ¿Ya lo han echado del país?

—Eso no lo sé, profeta.

Bronco hizo una mueca.

—De todos modos anúnciame. Di que el hijo de zorra de Cassidy ha venido a verle.

La chica de los encantos al aire, gritó:

—¡Eh, muchachas, os presento al hijo de zorra de Cassidy!

Todas las que estaban en la barra lanzaron una carcajada. Uno de los matones del establecimiento vino, poco a poco, hacia el recién llegado.

—Murdock no está, ya te lo han dicho. De modo que... ¡largo de aquí!

Cassidy se puso un cigarrillo en los labios.

—De modo que no está, ¿eh? ¿Qué pasa? ¿Ingresó ya en aquel centro de reeducación de invertidos, donde quería ingresar?

El puñetazo clavado en el centro del estómago le dejó sin respiración.

Luego un rodillazo en el centro exacto del sitio por el cual uno es macho, y no otra cosa.

Cassidy sintió que el dolor le llegaba hasta las puntas de los pies.
Sintió que le empujaban hacia la puerta.

Sintió que se ensuciaban en la memoria de su madre.

Pero hubiera sido curioso verlo en una fotografía.

Porque, a pesar del espantoso dolor, la sonrisa no se había

borrado de su boca.

La chica del *moc, moc* gritó:

—¡Hala! ¡Échalo a la basura, Pat! ¡Bórrale esa mueca de su sucia cara!

Pat intentó atizarle otro rodillazo en el bajo vientre.

Pero, de pronto, el que quedó sin respiración fue él.

Una espantosa maza de hierro había entrado, materialmente, en su boca.

Los dientes se le partieron en cien pedazos.

La lengua se le hundió hasta el hígado.

Hubo bastante con un golpe.

Pat se derrumbó contra una de las banquetas, arrojando un surtidor de sangre por la boca.

Maquinalmente, con las pocas fuerzas que le quedaban, fue a echar mano de la funda axilar, donde llevaba una «P-38».

En la mano entera sonó, entonces, un crujido espantoso.

Bronco se la había deshecho de un puntapié.

Ya no le volvió a mirar más.

Sujetó, entonces, a la chica de los parachoques.

Le hizo *moc, moc*, otra vez, pero ahora por poco se las destroza.

—¿El señor Murdock, por favor? —preguntó, educadamente, Cassidy.

—El... el piso superior.

—Gracias, chata.

Y subió.

El guardaespaldas de Murdock estaba arriba.

Intentó dispararle un puntapié a la boca.

Pero *Bronco* Cassidy logró sujetarle por el zapato, antes de que éste le acariciara la mandíbula.

Tiró de él con todas sus fuerzas.

Y el fulano salió despedido hacia adelante, mientras aullaba:

—¡Tu madreeeee...!

Se estrelló contra la barra, cargándose media docena de botellas de marca y, además, el vestido de una novata que sólo llevaba un día allí. Pero cuando el vestido quedó hecho polvo, se pudo ver que no era una novata sino un novato.

Cassidy empujó la única puerta que estaba tapizada en piel.

Sabía lo que iba a encontrar allí.

Murdock ya le apuntaba con una «Browning» del nueve largo.

Y Murdock se había llevado por delante a medio barrio marítimo de Los Angeles, de modo que no convenía gastar bromas con él. Pero al ver a *Bronco* Cassidy bajó su arma resignadamente.

—Tenía que haber imaginado que eras tú —dijo.

—No quería ninguna violencia, Murdock. Dije, educadamente, que quería verte.

—Debieras saber que no recibo visitas de cualquiera. ¿Cuándo has vuelto? Me habían dicho que tus propios compañeros te habían echado del Cuerpo y te habían aconsejado que abandonaras el país para no verte envuelto en un proceso que haría llorar de asco hasta a los guardianes de Sing, Sing. ¿Es cierto que estabas en Tokio?

—Sí.

—¿Y qué aprendiste?

—A acostarme con mujeres más bajitas que yo.

Murdock no contestó. Sabía que aquello era verdad, pero también sabía que *Bronco* Cassidy habría aprendido también una serie de cosas más temibles. Hasta era posible que los propios japoneses, ante el riesgo de quedar castrados, lo hubieran echado del país.

—¿Cuándo has vuelto? —repitió.

—Hace poco.

—¿Lo saben tus jefes?

—Claro que lo saben. Y hasta me han dado una oportunidad.

—¿Una oportunidad a ti? ¿De qué clase?

Cassidy se sentó en un borde de la mesa. Abrió un cajón al azar, encontró una botella y echó un trago. Luego murmuró:

—Loma Muren.

Las facciones de Murdock quedaron amarillas. Tardó en reaccionar. Cuando lo hizo, no pudo evitar que de sus labios escapase un hilillo de baba.

—Esa maldita hija de... —empezó a decir.

—Se ha escapado, Murdock.

—Lo sé.

—Los hombres a los que ametralló eran hombres tuyos.

—Sí.

—Murdock, cariño, marica...

—¿Qué quieres ahora, guarro?

—Saber por qué los ametralló.

—Fue un asunto nuestro.

—¿Qué clase de asunto?

—No te lo diré.

—Perfecto, no me lo digas; pero supongo que todos tus perros de presa han salido en busca de Lorna para matarla.

—¿Y qué esperas? ¿Qué le demos la bendición apostólica?

Hubo un levísimo brillo en los ojos glaciales de Cassidy.

—No lo hagas, Murdock —susurró—, retira esa orden.

—¿Por qué?

—Porque la mataré yo.

Se produjo un levísimo parpadeo en Murdock. Había tratado bastante con Cassidy y cada vez le desconcertaba más. No lo entendía.

—¿Por qué vas a matarla tú, Cassidy? A ti no te ha hecho nada.

—Me han dado una oportunidad, Murdock, y esa oportunidad tiene un nombre: Lorna Muren. En efecto, ella no me ha hecho nada y no la conozco siquiera, excepto en fotografía, pero la policía la considera un enemigo público y quiere que vuelva a la cárcel o que muera. De una de las dos cosas me han encargado a mí, preferiblemente de la segunda. Sé que si no reingreso ahora en la policía, ya no reingresaré jamás y me iré convirtiendo en una ruina humana, pues aceptaré trabajos de guardaespaldas cada vez más abyectos y más bajos. Yo no sé hacer otra cosa, Murdock, y por eso quiero aprovechar la oportunidad. La última, la única. Si la pierdo, todo se va al carajo. Por eso quiero llegar a un trato contigo.

Murdock le miró cautelosamente.

—¿Qué clase de trato? —preguntó.

—No pierdas a tus hombres, no los pongas en peligro. Dime qué pistas tienes para encontrar a esa asesina y déjamela a mí. En cuanto la haya matado, no habrá problemas para nadie. Creo que es un buen arreglo.

Murdock seguía mirándole cautelosamente.

Pero sabía que *Bronco* Cassidy decía la verdad. Era uno de esos fulanos que cuando dicen: «Voy a matarte», te matan. Si prometía librarle de aquella asesina que volvía a estar en libertad, le libraría de ella.

Cassidy chascó dos dedos.

—¿Qué? —preguntó.

—La rata tiene una hermana en Chesworth —dijo, suavemente Murdock.

—¿Sí?

—Es una chica ciega.

—¿Y va a saber dónde está Lorna?

—Seguro que Lorna se ha puesto en contacto con ella. Siente, por su hermana, una verdadera adoración.

—¿Cómo lo sabes?

—Cosas mías —dijo Murdock.

Cassidy volvió a chascar los dedos.

—¿Tus hombres están allí? —preguntó.

—Es el primer sitio adonde, lógicamente, deben haber ido.

—Dame la dirección.

—San Diego Avenue, 190.

—Eso queda en la playa...

—Sí. La chica se mudó ya antes de la condena de su hermana. Nos costó mucho poder dar con su nuevo alojamiento, pero nosotros lo conseguimos todo.

Y señaló hacia la puerta.

—Ahora ya sabes todo lo que necesitabas saber, cerdo. Lárgate de aquí. Llamaré a mis hombres para que te dejen el campo libre.

Cassidy fue a poca distancia de la puerta. Se volvió luego.

—Oye —dijo—, ahí abajo tienes a un travestí, Murdock. Uno con vestido azul de *lame*. Me he dado cuenta cuando por poco lo rajan.

Murdock palideció.

—¿Con vestido azul? —preguntó.

—¡Ujú!

—Ondia, pues antes de admitirlo le di un buen repaso. ¿Dónde tendré yo las manos? Cada día me vuelvo más distraído.

—O más invertido, Murdock, o más invertido. Que no te pase nada.

Y salió.

El del vestido azul, ya más recompuesto, le dirigió un guiño.

Bronco Cassidy puso la directa para salir más aprisa. No fuera que...

CAPÍTULO IV

«MAGNUM SPECIAL»

El «Magnum 44» dispara unas balas que no son gran, cosa en cuanto a calibre, pese a su enorme fuerza de penetración. Pero el «Special», del que sólo se fabrican, muy pocos ejemplares, y que es una de las pocas armas que la policía tiene auténtico interés en controlar, dispara balas con un calibre muy superior, de modo que alcanzan los diez milímetros. Ni las armas de guerra suelen enviar al aire pildorazos semejantes.

Y Cassidy podía conseguir una de esas herramientas.

Eran las únicas con las cuales se sentía a gusto.

Había que sujetarla con las dos manos para disparar, porque, de lo contrario, *se iba* a causa de la enorme fuerza del proyectil, pero con un solo pildorazo bastaba. Cassidy no había conocido a ningún enemigo que necesitara una ración doble.

Sabía cómo conseguir un petardo de aquella clase.

Fue a ver a Sam Galion, el viejo judío que había servido en los comandos de Israel durante la guerra del 48.

Éste tenía armas de todas clases, desde una pistola de salón a un *bazooka* o un lanzallamas. Vendía solamente a gente selecta y que supiese lo que tenía entre manos, es decir a asesinos de primera clase. Con *Bronco* Cassidy no necesitó preguntar nada, porque sabía muy bien que hablar de su biografía era como hablar de la avenida principal de un cementerio.

—Supongo que necesitarás munición abundante —le dijo, después de entregarle un revólver con el cual se podía frenar una locomotora.

—Al menos cuarenta balas.

—¿Qué pasa? ¿Se ha declarado, otra vez, la guerra mundial?

—No. Las quiero todas para una sola mujer.

—Pues debe tener la piel dura...

—Y otras cosas también.

El viejo judío sonrió.

—¿Las quieres blindadas o explosivas?

—Blindadas.

—Hay unas con corazón de mercurio que estallan igual que bombas. Si se la metes en la cabeza a un tío, desaparece la cabeza.

—Ponme dos, pero no las quiero para un tío.

—¡Oye, Cassidy, a ti te conozco hace años! Si te han marcado una mujer, no será un ama de casa para que te la repases.

—No, no lo es, aunque las amas de casa, un poco llenitas, también me gustan. El judío bizqueó.

—Corrígeme si me equivoco. ¿Lorna Muren?

—¿Y qué? —dijo Cassidy, sin interés alguno.

—Todo el mundo pregunta dónde se puede esconder una mujer así. ¡Oye, los de Murdock querrán matarla! Los hombres a los que ametralló, eran de su grupo.

—Lo sé.

—Pero puede que no la ataquen directamente, ¿sabes? Mientras tú estabas fuera, yo me he podido enterar de cosas. Los de Murdock no pueden arriesgarse ahora demasiado, y quizá le envíen a gente no fichada por la policía.

—O sea, que no darán la cara. ¿Es eso lo que tú piensas?

—Eso es lo que creo, Cassidy.

—Gracias. ¿Cuánto te debo?

—Ni un níquel. Cuando hayas terminado con el «Magnum», ya me lo devolverás.

—Espero hacerlo pronto, amigo. ¿Todavía sigue en Los Angeles, Osigawa?

—¿El mecánico japonés? Claro que sí.

—¿Sigue trucando motos para carreras?

—Claro. Y robando piezas.

—Echaré un vistazo a sus últimas creaciones, judío de la puñeta. A ver cuándo te metes en la cama con un palestino.

Antes de que el otro le arrojase algo a la cabeza, salió.

El taller semisecreto de Osigawa no estaba lejos.

Trucaba motos de gran cubicaje para la competición y, a veces,

las había preparado, también, para grupos de gamberros motorizados. En este momento acababa de dar los últimos toques a un monstruo que no podía participar en ninguna competición por no ajustarse a ninguna norma reglamentaria. Era una «Honda» de mil centímetros cúbicos a la que se había dotado de un nuevo cuerpo de cilindros que hacía subir el cubicaje a 1800 centímetros cúbicos. Su velocidad normal era de 300 a la hora, aunque el fabricante no podía responder ni de la suspensión ni de los frenos. Para uní suicida, era estupenda aquella máquina que el japonés aún no se había atrevido a probar.

—Te la probaré yo —dijo *Bronco Cassidy*.

—De acuerdo, pero... Oye... Haz que te entierren al menos con la rueda posterior.

—¿Por qué?

—Será lo único que quede entero cuando te pegues el gran castañazo.

—Correré ese riesgo, muchacho.

—¿Pero te das cuenta que vas a tener un lío con todas las patrullas de tráfico? ¿Para qué leches necesitas un monstruo así?

—La cosa va a durar un solo día y ellos tendrán coches potentes, muchacho. Yo necesito algo que me permita hacerles la competencia.

Y salió con el cacharro.

La máquina era maravillosa y, al mismo tiempo, horrible.

Bastaba dar un pelo de gas para que se subiera a los techos de los autobuses.

Cassidy recordaba muy bien la dirección.

San Diego Avenue.

Recta, suave. Casas aisladas a la izquierda, el mar a la derecha.

Le habían dicho que la hermana de Loma vivía en Chesworth, pero aquello no era Chesworth, sino un barrio mucho más elegante. No fue capaz de imaginar cómo una ciega podía permitirse el lujo de vivir allí.

¿Y si era sólo una especie de criada?

¿Y si la tenían, por ejemplo, para educar a otro ciego?

Bronco Cassidy detuvo la infernal máquina, comprobando que era verdad lo que le había advertido el japonés: los frenos no obedecían bien, si la velocidad sobrepasaba los 150.

Miró el 190, la casa elegante, el jardín solitario. Tan solitario y tan silencioso, que le produjo un leve encogimiento en los nervios.

Entró.

Y no tuvo más que seguir el rastro de la sangre.

La ciega, una muchacha que apenas tendría los diecinueve años, estaba abierta en canal. No llevaba ni diez minutos muerta.

Junto a ella, el cuerpo igualmente abierto en canal de una niña de unos diez. Bastaba ver sus ojos para adivinar que también había sido una ciega.

Los puños de Cassidy se abrieron y cerraron un momento.

Sólo un momento.

Por lo demás, su expresión permaneció helada e impasible. Salíó.

Su rostro estaba tan tranquilo como siempre, como si no acabara de encontrarse ante aquel espectáculo horrible, pero los que le conocían bien, sabían que un rostro como aquél era igual que una sentencia.

La lástima era que los que le conocían bien, estaban ya muertos.

Cassidy calculó que los asesinos le llevaban unos diez minutos de ventaja.

Sobre la acera, marcada, porque habían aparcado de cualquier modo, vio la huella de un neumático claramente impresa. Por su anchura y dibujo dedujo que se trataba de la rueda de un *jeep*. Pero, en las cercanías, no debían haberse dado cuenta de lo que ocurría, porque un viejo tomaba pacientemente el sol en el jardín contiguo, como si no hubiera sucedido nada.

Cassidy le preguntó suavemente:

—¿Era un *jeep*?

—¿Se refiere a lo que ha parado ahí, hace unos minutos? Sí... era un *jeep*. Lleno de chicos y chicas astrosos, que saltaban como monos de un sitio a otro. Me ha extrañado que la señorita Muren, estando sola, recibiera esas visitas, y hasta he estado a punto de llamar a la policía, pero cuando iba a hacerlo han salido. ¿Usted es de la bofia, señor?

—Sí —dijo Cassidy, mintiendo sólo a medias.

—¿Sabe si ha ocurrido algo?

—Nada. Tranquilo, abuelo... ¿La señorita Muren educaba a una niña, también ciega?

—Sí. Era una especie de institutriz. Por eso la señorita Muren vivía ahí, ya que de otro modo no hubiese podido. Era una chica muy pobre.

—Gracias, abuelo. Me está usted dando tantas explicaciones que me confunde, pero necesito una más. ¿Adónde ha ido el jeep?

—Yo diría que a Canyon Range.

—Canyon Range... —dijo Cassidy, pensativamente—. Buen terreno.

Y dio gas a la moto.

BRAAAAAM...

Aquello pareció un trueno.

Siete marchas sincronizadas. Trescientos a la hora. Frenos flojos, suspensión floja, porque aún ni había habido tiempo para trucar eso. La muerte en cada giro de las ruedas. De todos modos... *¡allá va!*

Cassidy fue dando gas, mientras enfilaba la carretera que lleva a la sierra.

Ciento diez... Ciento cincuenta... Ciento ochenta... Doscientos... ¡Doscientos veinte!

El motor parecía no notar ni siquiera el terrible empuje, pero la máquina temblaba pese a su envidiable calidad. La dirección se iba un poco. En las curvas había que cortar gas y reducir porque, de lo contrario, la moto hubiera salido volando materialmente. Los pocos coches y camiones que encontró en su camino los pasó como una exhalación.

Por suerte para él, no encontró ningún patrullero.

Doscientos cincuenta.

Era un suicidio.

La carretera no se veía.

Otra curva... *¡va!*

Y, de pronto, el jeep.

Era de color verde, no llevaba capota y, en efecto, había en él tres tíos y dos tías. Debía de ir a cien, pero parecía parado en comparación con la velocidad suicida de la moto.

Cassidy los pasó.

Frenó un poco. Hizo una seña para que se detuviesen.

Ya que iba a matarlos, los mataría con comodidad.

Los ajustes de cuentas de esa clase son frecuentes en las

carreteras de California. Como las sentencias de los jueces ya no asustan a nadie, la gente se busca y aplica su propia ley.

Los que iban en el *jeep* parecieron adivinarlo. O quizá siempre actuaban así, eso fue imposible saberlo.

Pero lo primero que hicieron fue lanzar el *jeep* contra la moto, que se había casi detenido. Cassidy esquivó, por milímetros, la mortal acometida, mientras la máquina derrapaba y estaba a punto de caer por un despeñadero. Inmediatamente, el cuatro ruedas pasó como una exhalación y se perdió tras la próxima curva.

Cassidy enderezó la máquina. Se dio inmediatamente cuenta de que el *jeep* también estaba trucado y alcanzaba, con facilidad, los ciento cincuenta a la hora.

Pero la carrera iba a durar poco. Unos u otros se matarían pronto en aquella carretera llena de curvas cerradas como un nudo.

Ciento treinta... Ciento cincuenta... ¡Ciento ochenta!

Ya los tenía, otra vez allí.

Y entonces la vio.

La escopeta de cañones aserrados.

¡MUERTE!

La metralla envolvería la moto y la enviaría al infierno. No tenía tiempo de esquivar, porque la carretera era demasiado estrecha.

Pero a Cassidy no se le atrapaba nunca distraído.

Ya tenía el mastodóntico «Magnum» en la derecha mientras dominaba la máquina solamente con la izquierda.

¡BANG!

Un ronco estampido.

Una cabeza humana, desapareció.

La escopeta de cañones aserrados voló por los aires.

Mientras las chicas chillaban, el conductor se dio cuenta de que aquel enemigo no era como los otros y empezó a dar terribles bandazos para esquivar las próximas balas. Las ruedas se situaron dos veces fuera de la calzada, al borde del abismo, pero, milagrosamente, no cayeron en él.

Cassidy no trató ahora de adelantar al *jeep* porque sabía que eso sería peor. Llegaría un momento en que tendrían que detenerse.

Y la pequeña población de Faberman apareció, de pronto, ante ellos, como surgiendo de la propia carretera, como una muralla contra la que fueran a chocar. El *jeep* derribó el poste que señalaba

el límite de velocidad, dio un terrible bandazo y fue en línea recta hacia una gran tienda de tractores que tenía escaparates y salidas a dos calles.

Alguien gritó:

—¡Nooóooo!

Pero el conductor sabía lo que se hacía.

El podría pasar, aunque fuera destrozándolo todo, pero la moto se haría añicos contra los cristales.

Se oyó una orden:

—¡Abajo las cabezas!

Y enseguida el terrible estampido.

¡BRAAAAAAM!

Cassidy se dio cuenta de que ya no podía frenar. Vio como en una pesadilla filmada a cámara lenta los miles de pedazos de cristal proyectados al aire, vio los dos escaparates destrozados, vio el *jeep* entrar así por una calle, atravesar la tienda entera, destrozarse el segundo escaparate y salir por la calle opuesta. Vio eso y vio también algo infinitamente más macabro: el muerto que llevaban consigo, había salido despedido a causa del terrible impacto. Ahora lo que quedaba de él había quedado enganchado a los cristales como una trágica bandera.

Bronco iba, en aquel momento, a ciento sesenta.

Ni soñar en frenar.

Por eso alzó el manillar con todas sus fuerzas.

—¡Muerteeeeeeeeee!

El grito gutural partió de su garganta. Sabía que tenía unas probabilidades mínimas de sobrevivir, pero se lo jugó todo a una carta. Materialmente voló, mientras atravesaba el primer escaparate y se colaba en la tienda. Rozó casi el techo, bajó un poco el manillar, se cargó parte del cristal con la potente rueda delantera y atravesó el segundo escaparate por el hueco que había dejado el *jeep*.

Se oyeron gritos frenéticos.

Gritos de asombro y de muerte.

Pero Cassidy ya estaba en la otra calle y tenía el *jeep* a poca distancia, de modo que siguió apretando. Vio que una de las chicas, pasado el primer momento de incredulidad, le apuntaba ahora con una vieja metralleta «Schneisser».

Aquella metralleta seguía siendo un arma de primera clase.

Cassidy sostenía el «Magnum» entre los dientes.

Lo sujetó ahora con la izquierda.

La primera ráfaga restalló delante suyo, a pocos centímetros de las ruedas.

La chica apuntó de nuevo, mientras ahogaba una maldición. Estaba visto que no era una buena tiradora ni lo sería nunca.

No le iba a quedar tiempo para aprender.

Cassidy no tuvo compasión.

¿Una chica?

¿Y qué?

Hizo un solo disparo.

¡BANG!

La cabeza se abrió en dos pedazos.

Mientras tanto, el *jeep* había dejado atrás el poblado y rodaba de nuevo a velocidad suicida por entre las curvas de la sierra. De pronto se le presentaba a Cassidy una oportunidad para acabar.

Y no la desperdició.

La próxima bala que tenía en el cilindro, era una de las dos de mercurio.

Se notaba porque el culote del cartucho era de color amarillo, mientras que los otros proyectiles no tenían color alguno. Con la izquierda apuntó a una de las ruedas delanteras cuando la tuvo delante, justo en el momento en que el *jeep* tomaba una apretada curva.

Era una de las peores que había en toda la ruta que enlaza con la carretera general a Las Vegas, en Nevada.

El disparo se confundió con el estallido infernal de la rueda, que desapareció prácticamente del coche. Éste no sólo perdió el control, sino que virtualmente se convirtió en un ovni. Voló fuera de la carretera y durante unos dramáticos segundos quedó colgado en el abismo. Hasta dio la absurda sensación de que no llegaría a caer.

Luego aquel *todo terreno* desapareció del planeta.

Se convirtió en una bola de fuego, en el fondo del abismo.

Bronco Cassidy no se detuvo allí.

Hubiera sido suicida esperar la llegada de la policía, porque los patrulleros de California suelen disparar sin dar aviso, cuando hay muertos de por medio. Y aunque sólo se limitaran a detenerle, le

harían perder un tiempo precioso y Lorna Muren conseguiría huir.

El monstruo que llevaba entre las piernas tomó una recta, a ciento noventa. Más allá había una curva brutal, casi en ángulo recto. Y un camino de leñadores que descendía hasta las profundidades del abismo, a un lado de aquella curva.

Cassidy redujo progresivamente, hasta meter primera, cuando ya la rueda delantera estaba casi en el aire. Luego descendió por la escarpadura igual que si montara un potro salvaje, mientras la suspensión amenazaba con ir a saltar de un momento a otro. Pero, aunque esa parte no había sido trucada, la «Honda» es una moto tan perfecta que la suspensión parecía a punto de ser estrenada cuando la máquina llegó abajo.

Una densa columna de humo se elevaba del lugar en que se estrelló el *todo terreno*. A lo lejos se oía el aullido de las sirenas. De pronto, toda la carretera, arriba, se había puesto en conmoción.

El agente especial se mordió el labio inferior con un gesto de rabia. Sabía muy bien que no se había apuntado ningún éxito, y que lo único que había conseguido era seguir con vida. Pero nada más.

Su intención había sido capturar, entero, al menos a uno de los ocupantes del *jeep*, para hacerle hablar, pero el hecho de que todos fueran poderosamente armados le había obligado a cambiar de táctica, sembrando la muerte.

Ahora no podía interrogar a nadie.

Claro que sabía, de todos modos, algunas cosas.

Intentó ponerlas en orden dentro de su cerebro, que ahora volvía a ser una fría computadora.

Primera cosa que sabía sin duda alguna: los esbirros de Murdock querían cargarse a toda costa a Lorna Muren, para vengar a los cuatro compañeros a los que ésta ametralló tiempo atrás.

Segunda cosa: Murdock no había ordenado a sus hombres que se estuvieran quietos, dejando que Cassidy se las entendiera con Lorna Muren. Por el contrario, seguía queriendo acabar con ella, faltando a lo que le dijo a Cassidy de que se la dejaría para él.

Tercera cosa: Por lo tanto, no hacía falta tener demasiadas consideraciones con Murdock. Ya ajustarían cuentas.

Cuarta cosa: Para matar a la fugitiva, Murdock no empleaba a sus hombres, sino que utilizaba bandas de forajidos *hippies* que tanto abundan en California. Y la razón era sencilla.

Debido a lo benigno del clima y a lo abrupto de las montañas, que ofrecen innumerables escondites, gran número de fugitivos de la ley llegan a concentrarse en California, donde forman bandas de falsos *hippies*. Hombres y mujeres viven en la más absoluta promiscuidad, se drogan y obtienen dinero de cualquier forma, sin excluir, ni mucho menos, el asesinato. Esas bandas nada tienen que ver con los auténticos *hippies* que aún es posible encontrar en Union Square, en San Francisco, o en las inmensas playas que llevan a San Diego, y que viven de pequeños trabajos manuales. Los que empleaba Murdock era toxicómanos en el último grado, y la mayor parte de ellos fugitivos de presidio. Por una buena cantidad de dinero —porque, eso sí, saben contar— son capaces de matar a cualquiera, en especial las mujeres, que resultan mucho más temibles que los hombres.

Eso era lo que estaba ocurriendo. Murdock empicaría aquellos asesinos contratados, tantas veces como fuera posible, puesto que sabía que así no se comprometían, ni él ni sus hombres.

Y, por fin, la quinta cosa: ¿por qué Lorna Muren se convirtió, en otro tiempo, en una ametralladora viviente? ¿Qué había en el fondo de su vida?

Bronco hizo una mueca.

Eso era algo que tenía que averiguar, desde luego. Pero más tarde. Cuando hubiese acabado con ella. Ya hablaría con el cadáver, tranquilamente.

CAPÍTULO V

DUELO AL SOL

Porque *Bronco* Cassidy sabía que no iba a tener otra oportunidad para recuperar los derechos que en otro tiempo tuvo. Cuando era el detective más experto y más audaz de la Brigada de Homicidios de Los Angeles, todo el mundo estaba de acuerdo en que le aguardaban una de esas dos cosas: o un magnífico porvenir o una bala. Pero en lugar de eso se veía convertido, ahora, en una piltrafa humana, en un desecho al que nadie quería, y al que se había dado una posibilidad de rehabilitarse con una sola condición: demostrar que seguía siendo el mejor, a la hora de apretar el gatillo.

Y lo había demostrado, eso era la verdad: los cadáveres que iban jalonando su paso eran una buena demostración.

Pero *Bronco* Cassidy sabía que estaba solo, al principio.

Con la «Honda», salió del atajo en que estaba metido, regresó a la carretera general y, de allí, a Los Angeles.

Se estaba exponiendo mucho, pero tuvo la suerte de que nadie le interceptara. Cuando llegó a la capital, se dirigió a Little Saulito Road.

Buen sitio, la verdad.

Cubos de basura a cualquier hora.

Prostitutas casi centenarias, la más cara de las cuales cuesta diez dólares por noche.

Negros que duermen la mona.

Algunos exhibicionistas que se tienen que enseñar las cosas entre ellos, porque las prostitutas no les hacen maldito caso y porque ya tienen muy visto todo lo que un tío puede enseñar.

Y, en el centro de la aristocrática calle, una placa color ceniza: «JOHN FEDOR. ALTA INVESTIGACION PRIVADA. MAXIMA DISTINCION Y

SERIEDAD».

Bronco dejó la moto a la altura del callejón, bloqueando la dirección mediante un sistema eléctrico exclusivo.

Luego entró en el lugar distinguido y serio. John Fedor estaba subiendo la falda a una de sus clientes.

—Espera —dijo.

La cliente, que no debía ser una chica de convicciones muy firmes, gruñó:

—Oye, aparta tus zarpas y déjame. Me gusta más ese tipo que acaba de llegar.

—¿Quién, yo? —preguntó Cassidy con voz atiplada.

—Eso, nena —dijo John Fedor—. Sólo tiene fachada. En realidad, es el marica más distinguido de toda la costa sur.

Ella hizo un gesto de duda, pero entró con Fedor en el pequeño cuartito que había detrás de la mesa del despacho y que servía también para guardar la ropa sucia y esconderse de los acreedores.

Bronco Cassidy se sentó, puso las patas sobre la mesa y esperó pacientemente.

No demasiado.

La chica gritó, de pronto:

—¡Ay, bruto!

Y salieron los dos.

La hembra dirigió una mirada circular a *Bronco* Cassidy.

—¿Es verdad lo que ese cabrito me ha dicho? —preguntó señalando a John—. ¿Eso de que eres un marica sindicado?

—Si fueras un hombre te lo demostraría, nena.

Ella hizo una mueca de asco y salió.

John Fedor tuvo que perseguirla hasta la calle.

—¡Que te dejas las braguitas, chata...!

Luego volvió junto a *Bronco* Cassidy.

—Gracias, muchacho, por fingir lo que no eres —susurró—. Últimamente se me están poniendo todas mal, y si me fallaba ésa, me pegaba un tiro.

—¿De veras era una cliente? —preguntó Bronco, sin interés.

—Sí.

—¿Y qué te ha encargado, aparte de que le enseñes las técnicas de Masters & Johnson?

[5].

—Que busque a su querido.

—¿Realmente lo buscas, John?

—No, ya no hace falta.

—¿Por qué?

—Apareció ahogado la semana pasada, pero yo no se lo he dicho. Mientras espera que el tío vuelva, ella se consuela conmigo.

Prendió fuego a una factura sin pagar para encender con ella, a su vez, un cigarrillo, y preguntó:

—¿A qué has venido, Cassidy? Todos los amigos sabíamos que estabas fuera. ¿Qué haces en California, otra vez?

—Estoy haciendo de hijo de la gran perra.

—Lo mismo de siempre, ¿no?

—Lo mismo —reconoció Bronco.

Tomó una botella de *whisky* que había en un cajón, limpió el gollete con el borde de un portaligas que estaba junto a ella y preguntó:

—¿La has pagado?

—No. Le robé una caja de ésas, a un cliente.

—¿Y ahora qué pasa?

—El me ha contratado para que averigüe quién se las robó.

Bronco echó un trago y luego dijo:

—Me habían enviado a misiones de servicio exterior. Tú sabes, que a veces, los miembros de la policía son destinados a protección de personajes en conexión con el FBI o la CIA, y entonces su misión resulta rigurosamente secreta. Me he hartado de proteger a tíos que tenían que vivir, porque eso le conviene a este puñetero país, pero a los que con gusto hubiese metido una bala entre las cejas. Me he hartado y quiero volver a vivir en las calles de Los Angeles, que es lo único que sé hacer. Perseguir a los criminales de Los Angeles, que son los únicos criminales a los que realmente conozco.

Bebió otro trago y añadió, con voz espesa:

—Además, me estoy volviendo viejo para lo que es este cochino oficio. Tengo el hígado deshecho por la bebida y las huellas de dos balas junto a los riñones. Dentro de pocos años seré una piltrafa y entonces quiero que al menos me admitan en el Hospital de la Policía, que me den un retiro, que me dejen ser un ser humano y todo eso. Pero ninguna de esas cosas va a ocurrir si no me

readmiten antes.

John hizo una mueca.

—¿Por qué te expulsaron, Cassidy?

—Tú lo sabes bien: gatillo fácil.

—¿Pero gatillo fácil, por qué?

—Cosas —dijo Bronco, sin interés alguno—. Eso es: cosas... Por ejemplo, aquel asesino de niñas de la zona de Malibu Road. Lo absolvieron por falta de pruebas, cuando yo sabía que había asesinado a la hija de un amigo mío, aunque no estaba en situación de demostrarlo. Consecuencia: provoqué un tiroteo en el que sabía que yo iba a ser más rápido y lo maté. Reventó con un revólver en la mano, pero eso sólo me sirvió para que no me aplicaran el código penal, aunque me aplicaron, eso sí, el código de disciplina administrativa. Me cambiaron de destino y me pusieron una nota negra en el expediente. Luego lo de Mac y Hillman hizo rebosar el vaso.

—¿Qué pasó, exactamente, con Mac y Hillman, Cassidy? He oído muchas versiones, pero la tuya no me la has contado nunca.

—Mac y Hillman, los asesinos, se habían hecho fuertes en un bloque de casas de Sepulveda Bulevar. La orden era cazarlos vivos a toda costa, pero yo me colé a solas en aquel recinto maldito y los maté. Sé que pude haberlo evitado, pero el asco pudo más que mi voluntad. Sabía que les iban a dar la libertad bajo palabra al año siguiente si eran detenidos.

—Entonces, la Brigada de Homicidios de Los Angeles llegó a la conclusión de que no te podía confiar un revólver, ¿verdad?

—Así es.

—¿Y te enviaron fuera?

—¡Ujú!

—¿Y por qué te han confiado el revólver, ahora?

—¿Porque ahora se trata de matar?, y yo solamente sirvo para eso. No necesitaban un detective, sino un verdugo. Me han dado un nombre y las medidas de un ataúd y me han dicho: «Cassidy, cabrito, es tu última oportunidad».

John Fedor tomó la botella y se zampó un trago él también. Apartó una citación del Juzgado para que compareciese a una junta de sus acreedores al día siguiente y preguntó con voz opaca:

—¿Qué tengo yo que ver con esto, Bronco? ¿Por qué has venido

aquí?

—Estoy haciendo una carnicería, John.

—¿Y tienes miedo?

—Nunca lo he tenido. Ni por los que yo mato ni por los que me matarán a mí. Pero sólo tendré éxito y sólo podré reingresar en la Brigada de Homicidios si acabo con una mujer llamada Lorna Muren.

John lanzó un silbido.

—Te diré por qué mató a los cuatro hombres —dijo.

—¿Tú lo sabes?

—Sí.

—Pues yo prefiero no saberlo, John. Sus asuntos no me importan. Solamente sé que tengo que matarla.

—De todos modos te lo voy a decir: los cuatro la habían violado y los cuatro habían salido absueltos por falta de pruebas.

Las facciones de Bronco se arrugaron un momento.

Luego susurró:

—¿Por qué quiere seguir matando, John?

—Porque lo que hicieron con ella se lo hicieron en un rancho abandonado de Julipa Canyon, donde había al menos una docena de hombres y mujeres más, todos ellos drogados. Quedaron de acuerdo en *repasarla* al día siguiente, incluidas las mujeres, que no hacían ascos de ninguna clase a un manjar del mismo sexo. Pero Lorna pudo escapar y juró que los mataría a todos. Lo que nadie sabe es si la gentuza de Julipa Canyon todavía vive allí.

—¿La policía no les ha molestado?

—No.

—Y en cambio a Lorna la enviaron de por vida a la cárcel.

—Ella había matado; los del rancho no habían hecho más que hablar.

Cassidy se encogió de hombros.

—Tampoco me importa —dijo—; y ahora voy a explicarte por qué he venido aquí. Tú conoces a Dan Roberts.

—Sí.

—He creído recordar que Lorna lo conocía también. Entre las cosas sueltas que me han contado de ella, figura el dato de que Roberts la visitó dos veces en la cárcel.

—Es posible. ¿Y qué?

—Dan Roberts se dedica a un oficio muy especial: esconder personas. Los mejores escondites de California son los que él puede proporcionar. Seguro que Lorna ha ido a verle para que le dé un agujero durante las próximas veinticuatro horas, y Dan Roberts se lo habrá dado. Por eso necesito hablar con él.

—¿Para qué te explique dónde ha metido a Lorna?

—Sí.

—No lo hará.

—Ya sé que, para él, es una cuestión de honor, pero todo depende de las circunstancias. He ablandado cabezas más duras que la suya.

El detective privado chascó dos dedos.

—No acabes con él, Cassidy —musitó.

—¿Por qué?

—En el fondo, Dan es un buen chico.

—*Okay*. Lo seguirá siendo.

—¿En la tumba?

—Tal vez.

—Tiene un despacho en el 115 de Wilshire Bulevar. No te puedes confundir porque al lado hay un edificio donde están construyendo un *parking* de varios pisos.

Bronco se puso en pie.

—Gracias. Johnny, te lo pagaré algún día.

—¿De qué modo?

—Te invitaré al entierro de Dan Roberts —dijo Bronco, con voz metálica.

Y salió.

* * *

Hacía sol.

El sol duro de California. El que tiñe de dorado los cuerpos de las *starlets* de Hollywood. El que llena las playas de Malibu y Santa Mónica. El que obliga a los ricachones a poseer, a veces, a sus secretarias, en el agua de las piscinas. El que corrompe demasiado pronto los cadáveres de la Morgue si los forenses se descuidan.

Ése era el único punto en el que pensaba *Bronco* Cassidy.

Al diablo las *starlets* y las secretarias. Lo único que a él le

interesaba, ahora, eran los muertos. Por eso se detuvo ante el edificio del *parking* y miró.

En efecto, era difícil confundirse.

Entró en el edificio de despachos.

El conserje no estaba.

Mal asunto. Algo raro ha pasado, cuando el conserje no está en su sitio, en un edificio de éstos, donde los inquilinos pagan fuerte para que nadie venga a atracarles mientras están trabajando allí.

¿Alguien lo había sacado de su lugar a la fuerza?

¿O no...?

Bronco miró la placa en la que se indicaban los nombres de los inquilinos. Dan Roberts estaba en el segundo piso.

Subió por las escaleras. No le gustaban los ascensores porque los ascensores pueden ser, a veces, una mortífera trampa.

Segundo piso.

Sólo dos puertas.

A aquella hora, la gente de los despachos solía haber terminado ya, teniendo en cuenta que en muchos de ellos se trabajaba en domingo por tratarse de agencias de publicidad o de investigación. Pero una de las dos puertas estaba cerrada. La otra estaba abierta y de ella salían tres tíos.

Bronco los caló enseguida.

Olían a matón a cien yardas.

Y ellos también debieron reconocerle, porque inmediatamente echaron mano a sus armas mientras retrocedían hacia el interior del despacho. Dos balas aullaron en el aire y se empotraron en la pared, a medio palmo de la cara de *Bronco* Cassidy.

Éste se lanzó a tierra.

Su cuerpo voló.

Su cerebro también.

Si los asesinos se metían en el despacho, era porque Dan Roberts ya estaba muerto. Bronco les había sorprendido cuando acababan de terminar la faena.

Y eso indicaba, también, que los esbirros de Murdock seguían buscando a Lorna Muren para acabar con ella. Estaban enterados de que Dan Roberts podía haberla ocultado y habían tratado de sacarle la dirección del agujero en que la tenía. Pero Dan Roberts, a su modo, era un hombre de honor.

Nada de chivatazos. Quizá con el tiempo hubiese hablado, desde luego, pero aquellos cerdos habían tenido muy poca paciencia con él.

Peor para los cerdos.

Aunque la puerta del despacho de Dan Roberts se había cerrado y era sólida, eso no iba a significar ningún problema para Cassidy. Cargó la segunda bala de mercurio y apuntó a la cerradura. Ésta pareció estallar por dentro e inmediatamente la puerta vaciló un par de pulgadas.

El agente especial se lanzó a la carga, deslizándose materialmente por el suelo para empujar la puerta. Confusamente vio a los tres hombres que estaban junto a la ventana, mientras los tres le enviaban una andanada de plomo, Aunque habían apuntado al suelo, la rapidez de Cassidy pegándose al lado exterior del pasillo, impidió que le alcanzaran.

Pero se dio cuenta de que no iba a poder entrar allí ni sus enemigos iban a poder salir. Eso significaba que la cuestión se prolongaría y terminaría al fin de la única forma lógica: con la llegada de la policía.

Antes de que eso sucediera, o perdería los nervios el o los perderían los pájaros que estaban dentro Y más fácil era que los perdieran ellos, porque tenían el cadáver de Dan Roberts dentro del despacho y ésa era una prueba que les hundiría ante cualquier tribunal.

Por lo tanto, el agente especial aguardo unos momentos. No se oía nada en el edificio, lo cual indicaba que al conserje lo habían dejado sin sentido o lo habían eliminado antes de matar a Roberts. Además, a aquella hora, los despachos debían estar vacíos, salvo alguna rara excepción.

Pero los disparos tenían que haberse oído, y, en consecuencia, los patrulleros no tardarían en llegar. Cassidy comprendió que los nervios acabarían traicionando a sus enemigos, y estuvo atento a los acontecimientos. El ruido de uña de las ventanas le indicó lo que estaba sucediendo.

Al tratarse de un segundo piso, los asesinos podían huir por allí, deslizándose por los relieves de la fachada. No era fácil, pero tres hombres ágiles podían conseguirlo.

Entonces se lo jugó todo a una carta y entró de golpe. Pudo ver

que el despacho estaba vacío, a excepción del cadáver de Roberts, que basculaba en su sillón. En efecto, una de las dos ventanas estaba abierta.

Bronco miró por ella. Pudo ver que los fugitivos, demostrando una agilidad a toda prueba, ya estaban casi abajo, donde contaban con la ayuda de unos cuantos transeúntes despistados. La gente debía creer que arriba se había producido un incendio y que aquellos tipos se salvaban como podían.

Un coche negro se acercaba a ellos. Sin duda un cómplice había estado estacionado en las cercanías y ahora se acercaba a recogerlos. Eso significaba que iban a poder huir ante las propias narices de *Bronco Cassidy*.

Pero éste no era de los que abandonan la partida cuando surge el primer problema. Puso los pies en el alféizar de la ventana, sin pensarlo demasiado... ¡saltó!

Dos pisos.

Como para romperse la columna vertebral.

Pero él había calculado perfectamente la distancia y sabía dónde iba a caer. Confió en la resistencia de la suspensión de la moto y, sobre todo, en la resistencia de aquella parte de su cuerpo que hacía que él fuera un hombre y no otra cosa. Porque el golpe que iba a darse, justamente allí, sería como para arrugar a un gorila.

El cálculo resultó perfecto. Quedó montado en la moto estacionada en la acera, frente al edificio. La suspensión de la máquina resistió, y en cuanto a aquella importante zona del cuerpo de Cassidy resistió también, pero sólo a medias. Tuvo la sensación de que iba a necesitar estar en paro durante seis meses, y lo peor es que para eso no pagan seguro de desempleo. Pero no había tenido más remedio que actuar así porque los buitres ya se estaban escapando.

Y él no quería matarlos. Quería cazar, vivo, al menos a uno de ellos para que le explicara bien lo que estaba sucediendo. Por una vez, Cassidy no pensaba dejar su camino sembrado de cadáveres.

Pero le iba a ser difícil. Cuatro hombres metidos en un coche rápido y armados hasta los dientes no iban a dejarse atrapar. Dos de ellos enviaron por las ventanillas posteriores una ráfaga de plomo, sin comprender, aún, lo que estaba sucediendo, porque no entendían en virtud de qué infernal combinación volvía Cassidy a

estar allí.

Tuvo que hacer dos fintas diabólicas con la moto. Las balas rociaron el asfalto y se llevaron, por delante, un escaparate. La «Honda» rugió, adelantó al coche en un *sprint* fulminante, de décimas de segundo, y entonces Cassidy disparó con la mano izquierda una sola bala con la que pretendía alcanzar al conductor. No tuvo suerte, ya que el alcanzado fue el tío del otro lado.

Pero eso demostró a los fugitivos que no iban a poder huir sobre ruedas. La moto era mucho más rápida y, además, parecía imposible alcanzar con un disparo al hombre que la montaba, dada su fantástica movilidad. Por lo, tanto, el conductor optó por meterse en algún sitio cerrado desde el que pudieran salir a pie a otra calle.

La solución parecía estar al alcance de su mano: el *parking* a medio construir y que ocuparía todo el edificio. Se metieron en él, subiendo a una velocidad suicida las rampas que aún no tenían protección alguna.

No había duda de que el conductor del coche era un coloso. Lo que hizo resultó increíble. Maniobró en un espacio donde apenas cabían las ruedas y se coló en la primera rampa cuando Cassidy aún no había tenido tiempo de reaccionar. El pesado coche subió a una velocidad centelleante mientras los neumáticos chirriaban de una forma diabólica.

Cassidy se dispuso a seguirles, porque con su moto podía maniobrar mejor, pero estaba ya lanzado cuando se dio cuenta de una cosa: el hormigón de las rampas aún estaba fresco. Una vez el coche hubo pasado... ¡Parte de él se desprendió!

Cassidy pudo alzar el manillar con una brusca contracción nerviosa. Justo cuando la rueda delantera iba a pisar el vacío, la moto saltó. Atravesó el aire como un rayo para alcanzar la siguiente parte sólida de la rampa, más allá de la línea de ruptura. Dos balas más se estrellaron contra las paredes.

Mientras el conductor del coche hacía maravillas, subiendo a cien por hora unas rampas estrechas y carentes de protección, sus compañeros no dejaban de disparar. Llegaron a la altura de un cuarto piso cuando la gente de abajo aún no había tenido tiempo para darse cuenta de lo que sucedía.

Toda la estructura de la rampa crujía. Cassidy temió que, de un momento a otro, se produjera un derrumbamiento general, aunque

siguió subiendo. Cada vez que tomaba una de aquellas diabólicas curvas a ciento veinte, las ruedas de la «Honda» chirriaban como si fueran a saltar. El cuerpo del conductor tenía que tocar el suelo, a causa de la fantástica inclinación.

Era una rampa para subirla con precaución y en primera, mientras que ellos la habían convertido en una pista para pilotos de pruebas. Alcanzaron el quinto piso, que era ya el último (Los Ángeles no es una ciudad de rascacielos ni mucho menos), y entonces saltaron del vehículo, dejando que éste retrocediera al estar en un punto muerto. El pesado coche dio un bandazo terrible, chocó contra la pared, retrocedió sobre sí mismo y se derrumbó sobre las rampas de los pisos inferiores. Toda la estructura de éstas se hundió estruendosamente dando la sensación de que el edificio entero se venía abajo.

Cassidy pudo poner las ruedas en unos cuantos centímetros de rampa que habían quedado intactos, mientras el coche pasaba junto a él, en su caída, como una bomba. Una vez abajo, el vehículo se hizo pedazos y se convirtió en una bola de fuego.

Por lo tanto, nadie se atrevió a entrar en el edificio. Cassidy y sus tres enemigos estaban aislados en él por una cortina de llamas.

Pero eso significaba que los asesinos tampoco podrían huir. ¿Que no podrían?... Cassidy se tuvo que convencer bien pronto de lo contrario. Una pasarela de madera, muy estrecha, surgía de una de las ventanas del quinto piso del *parking* en construcción y entraba en una ventana de similar altura del edificio contiguo, que, sin duda, pertenecía a la misma empresa. Era el edificio en el cual había tenido su despacho, Roberts.

Los tres asesinos huyeron por la pasarela. Desde allí podían alcanzar el otro edificio y llegar a la calle, una vez más. Una vez trasladados los tres, no tenían más que retirar la pasarela como el que alza el puente levadizo de una fortaleza. Cassidy no podría pasar y además no podría tampoco salir del *parking* para perseguirles, porque la planta baja estaba convertida en un infierno. De ese modo se libraban de él.

Cassidy llegó a la altura de aquella ventana, todavía montado en su moto, cuando los tres hombres iban a retirar ya la pasarela. Estaban ya en el edificio contiguo. Y tenían las manos ocupadas en lo que estaban haciendo, lo cual daba a Cassidy una posibilidad de

sobrevivir, porque, de lo contrario, le hubieran podido abatir fácilmente con sus pistolas.

Comprendió que no tenía un segundo que perder.

Dio gas.

Era un suicidio, pero él estaba acostumbrado a suicidios de aquella clase. El espectáculo que vieron los de abajo les debió resultar increíble.

Las dos ruedas de la moto, a una altura de cinco pisos, cayeron de lleno sobre la pasarela de madera.

Ésta crujió.

Pareció ir a romperse.

Cassidy volvió a dar gas y pasó como una exhalación. La moto entró como un rayo por la ventana frontera, mientras la pasarela... ¡se hundía!

Una moto que rugía, tres asesinos y un loco, se encontraron rodando por el suelo en aquel despacho donde no había más que Varias sillas y una vieja mesa. Todo saltó contra la pared. Los tres hombres sacaron nuevamente sus armas, con un movimiento instantáneo.

Y Cassidy manejó su «Magnum». La llevaba remetida entre la camisa y el pantalón. No necesitó más que un solo movimiento.

Un chorro de plomo.

Vació instantáneamente el cilindro.

Nunca había disparado con tanta rapidez, con tanta angustia. Los tres hombres que estaban frente a él se balancearon trágicamente.

Ninguno de ellos gritó.

Todo estaba sucediendo con esa rapidez de las pesadillas.

Gotas de sangre salpicaron una pared.

Cassidy dejó de disparar cuando sus tres enemigos dejaron de flotar en el aire y se hundieron junto a la moto, cuyas ruedas aún giraban. Luego, con movimientos maquinales, recargó su enorme revólver. Ya no le quedaban más plomos en los bolsillos, de modo que las seis balas de que ahora podría disponer iban a ser las últimas, hasta que pudiera recoger más.

Mientras realizaba aquella operación, miraba en torno suyo. Sabía que disponía de unos segundos antes de que llegara la policía, y los aprovechó bien.

Registró a los muertos, pero no buscando dinero ni documentos. Lo único que le interesaba eran los papeles sueltos que pudiesen llevar. Y en el bolsillo de uno de ellos encontró algo que le llamó la atención.

Era un papel, una hoja arrancada de un bloc, la cual estaba escrita con bolígrafo y de una forma apresurada. El muerto no llevaba ningún bolígrafo, lo cual indicaba que la nota había sido escrita por otro.

¿El propio Dan Roberts?

¿Había tenido que dar la dirección, antes de que lo matasen? ¿Y los asesinos huían después de terminado el *trabajo* cuando llegó él?

Resultaba muy probable.

Porque lo que estaba escrito en aquel papel era una dirección. Un par de líneas. Podía ser la del sitio donde se ocultaba Lorna Muren.

Cassidy guardó aquella hojita.

Sus ojos brillaron un momento.

«Adelante», pensó.

Y mientras los policías y los bomberos recién llegados se concentraban en el edificio contiguo, que podía arder enteramente, él descendió por las escaleras hasta el primer piso del bloque de despachos y desde allí se deslizó por una de las ventanas que daban a la calle posterior. Algunos mirones de los que había por allí le ayudaron, incluso, porque pensaron que huía ante el miedo de que se propagase el incendio.

Cassidy les dio amablemente las gracias.

No sabían lo mucho que estaban ayudando a que, dentro de poco, reventase una mujer llamada Lorna Muren.

CAPÍTULO VI

FACIL DE MATAR

Bronco Cassidy dejó cerca de Rancho Began el coche que había robado y oteó el paisaje desde el camino que serpenteaba por encima de las rocas.

Cerca de Los Angeles, en las zonas agrestes donde aún se ruedan los exteriores de algunas películas del Far West, existen montañas y lugares que recuerdan los de la *fiebre del oro* de hace un siglo y medio. En el fondo de valles recónditos se alzan ranchitos miserables que sirven de cobijo a las ratas, a los perros extraviados y los fugitivos de la ley. Y uno de esos sitios era el que tenía *Bronco* Cassidy al alcance de sus ojos.

Había cerrado ya la noche, pero la luna estaba alta y permitía distinguirlo todo con cierta claridad. Su luz le bastó al agente especial para leer de nuevo el papel y enterarse una vez más de lo que decían las dos líneas: LA RIVIERA MOTEL, CERCA DE RANCHO BEGAN. No parecía lógico que hubiera un motel allí, en aquellos sitios por donde apenas pasaba un coche pero él estaba decidido a encontrarlo.

Guardó de nuevo el papel y avanzó por entre los riscos. Pudo ver entonces, en el cruce de dos caminos, a un tipo que estaba reparando un viejísimo «Volkswagen» a la luz de una linterna. Los «Volkswagen» son muy apreciados en California por su gran resistencia y porque, además, pueden transformarse en vehículos que sirven para cualquier terreno; a ello se debe el que se encuentren en los lugares más insospechados.

El tipo preguntó a Cassidy:

—¿Puede usted echarme una mano?

—¿Por qué?

—Se me ha pasado de rosca una bujía.

—¿Y la llave no le sirve?

—No puedo con ella.

—Espere —dijo Cassidy.

Dio vuelta a la llave extractora y por poco se carga la llave, la bujía y el bloque del motor. La fuerza que tenía en sus brazos era la de un auténtico gorila. El tipo del «Volkswagen» quedó asombrado cuando la bujía se deslizó como una seda.

—Oiga... ¡ni dos mecánicos juntos lo hubieran hecho! —barbotó.

—En efecto, se había pasado de rosca —se limitó a decir Cassidy.

—Oiga... ¿y usted qué hace aquí, con esas ropas de ciudad? ~¿Sabe en qué puñetero sitio se ha metido? Aquí sólo hay unos cuantos locos que todavía buscan oro, unos cuantos fugitivos de la ley y unas docenas de coyotes.

—Pues, sin embargo, me han dicho que por las cercanías van a instalar un motel —dijo Cassidy—. Tengo interés en localizarlo porque vendo mobiliario para instalaciones de esa clase.

—¡Ah, sí...! Un pequeño motel para gente que ame la soledad y la naturaleza. Lo tiene al final de aquel lamino, pero todavía está en construcción.

—¿Vive alguien, allí? —preguntó Cassidy.

—No. De momento están paralizadas las obras.

—¿Ningún guardián?

—Que yo sepa, ninguno. Pero no hay nada que valga la pena para robar, oiga. Y en cuanto a que usted es un vendedor de muebles, se lo cuenta a su tía.

—No puedo —dijo Cassidy.

—¿Por qué no?

—Porque está trabajando en un burdel de Seattle, y eso cae lejos de aquí.

El tipo del «Volkswagen» le miró fijamente.

—Oiga, usted me cae bien —dijo—. Me gustan los que tienen tías que hacen la profesión en Seattle.

—¿Conoce aquello?

—Mi mujer tiene una casa de citas, allí.

—¿Y por eso se han separado?

—Verá... Yo soy muy distraído —explicó el tío del «Volkswagen»—. Hace poco, yo tenía un planillo, quedamos en vernos y resulta que no me di cuenta y nos metimos en la casa de citas de mi mujer.

—¿Se enteró?

—Bueno, al principio no, porque estaba en la cama con su socio, el señor Ruggles, pero luego me armó un follón de espanto. No hubo manera de arreglarlo y yo lo sentí mucho, la verdad, porque mi esposa es una mujer decente, donde las haya.

—Ya veo, ya.

—De todas formas, algo salí ganando.

—¿Qué?

—El señor Ruggles me prestó cien dólares.

Bronco Cassidy se puso un cigarrillo en los labios y dijo, elogiosamente:

—¡Qué gauchada, macho! El país necesita demócratas como tú, que sepan arreglar las cosas sin violencias.

El otro asintió, como si estuviera muy convencido de eso.

—Voy a darle un consejo —dijo.

—Hágalo.

—No vaya a ese motel. Puede estar deshabitado, pero también puede no estarlo. Con frecuencia se reúnen bandas, allí, y esas bandas son de auténticos asesinos. En California ya hemos perdido la ley desde que se cerró la cámara de gas y se empezó a dar mano blanda en las cárceles. Las bandas son peligrosas, se lo aseguro. Pueden matarle, sólo porque les gusta su corbata.

Cassidy pestañeó.

—¿Chicos y chicas? —preguntó.

—Eso siempre. La *hierba* y el sexo les ayudan a pasar la vida. Pero no se fíe de ellas porque son peores que los tíos.

Cassidy escupió el cigarrillo.

—Gracias —dijo—, seguiré su consejo. Me acostaré con todas las tías, para ver de cuál me puedo fiar.

Y se largó de nuevo, con la moto.

A ciento veinte, por los caminos polvorientos.

Iba dejando tras él una estela de polvo que ni la *Brigada Ligera* la había dejado tan enorme, cuando se lanzó al galope en la batalla de Balaclava.

Y eso que la zona que recorría era accidentada, pues el camino bordeaba grandes rocas y presentaba desniveles que hubieran dejado la garganta seca a un campeón de *moto-cross*. Pero Cassidy tenía prisa por llegar al motel y dejar listo aquel asunto de una vez. Ansiaba hacer efectiva la sentencia de muerte que le habían ordenado cumplir.

Pese a la velocidad que llevaba, vio a aquella chica en lo alto de la roca. La luz de la luna caía de lleno sobre ella. Y le estaba haciendo señales de *auto-stop*, lo cual no dejaba de ser una especie de milagro en aquel lugar que parecía apartado de todos los confines del mundo.

Cassidy frenó, dejando su moto cruzada en mitad del camino como si fuera un caballo salvaje. La chica descendió de un salto.

Era muy joven y muy bonita. Cassidy le calculó unos diecinueve años. Vestía unos ceñidísimos *blue-jéans* y una blusita tan abierta que dejaba casi los senos fuera. El pelo negro y largo le llegaba hasta la cintura.

Bronco Cassidy no podía fiarse de nadie, pero no le demostró la menor hostilidad. Al contrario, le sonrió.

—¿Adónde vas, nena? ¿A Hollywood?

—¡Qué suerte que hayas pasado, macho! Llevaba aquí casi todo el día. Voy cerca de un motel que está en construcción a unas diez millas de aquí.

—No he oído nombrar jamás ese motel —mintió Cassidy.

—Pues cerca hay una comuna *hippy*. Componemos música y fabricamos pequeños objetos de artesanía que luego vendemos en las calles de Los Angeles. Si me dejas en el motel llegaré fácilmente hasta mis amigos.

—¿Sois muchos?

—Unos treinta.

—De acuerdo. Te llevo.

—Pero no corras tanto. No quiero llegar a la Paz Suprema antes de cumplir los treinta años.

—Es que esta moto sólo aguanta el equilibrio cuando va a ciento veinte —explicó Cassidy.

Pero lo que en realidad quería, era que la chica se agarrara bien a él. Notó la flexible dureza de su cuerpo clavándose en su espalda como una caricia y, al mismo tiempo, como una lejana promesa.

Cinco minutos más tarde llegaron a una suave meseta. Bajo ella, se extendía un valle lleno de vegetación y que, sin duda, hizo en otro tiempo las delicias de los pioneros de California, pero en el que no había, ahora, más que unos pocos ranchos abandonados. Sin duda, el motel —cuya estructura a medio levantar se veía por encima de los árboles— intentaba revalorizar para los turistas una zona que tenía atractivos enormes.

Bronco detuvo la moto, allí. No quería arriesgarse a descender hasta el valle sin observar, antes, un poco el terreno en el que se metía.

Un curso de agua pasaba entre los árboles, al borde de la meseta, y se perdía en las profundidades del valle. Era un lugar idílico que hasta a un tipo como *Bronco* Cassidy le hacía olvidarse de la idea de la muerte.

La chica murmuró:

—Nosotros estamos en aquel rancho abandonado que hay al fondo. Aquél cuyo tejado brilla a la luz de la luna.

—Te dejaré allí mismo —prometió él—, pero necesito que la moto descanse un poco. Ha tenido un recalentón.

Era mentira, porque lo que él quería era observar el paisaje. Mientras estaba de pie junto a la infernal máquina, mirándolo todo, notó que la chica le ponía, suavemente, las manos en la espalda.

—Me gusta haber hecho este viaje contigo —susurró.

—¿De veras?

—Te lo juro.

—Pues olvídame.

—¿Por qué he de olvidarte?

—Porque tú amas la libertad y en cambio yo soy un tío pelma que lo único que quiere es tener un buen retiro para poder pasar el rato cuando llegue a viejo.

—Pues no tienes aspecto de eso —susurró la muchacha.

—No te fíes. Por dentro estoy convertido en un carcamal.

La chica se sentó en tierra. Desde allí oteó la lejanía con una expresión nostálgica.

—Quizá yo también debiera pensar en el día que llegue a vieja —musitó—; lo que pasa es que odio la vejez y por eso no pienso en ella. Nosotros nos reunimos y cantamos porque sólo existe el día de hoy, ¿comprendes? Pero somos pacíficos; jamás haríamos daño a

nadie, aunque nos maltrataran. Uno de nuestros compañeros es un *gurú* que predica la paz. En cambio, hay otros grupos en el valle que trafican en drogas y hasta actúan como asesinos a sueldo. No creen en nada; son, sencillamente, fugitivos de la ley, gente que se ha pasado la vida cometiendo delitos y que ahora ha encontrado, aquí, un refugio. Muchas veces hemos pensado que tendríamos que irnos bien lejos de ellos para encontrar la paz.

—Quizá la paz que nunca he conocido me la pudieras enseñar tú —susurró Cassidy—. A veces siento tanta confusión en torno a mí mismo, que ya no sé qué pensar. Sólo sé que me equivoco en muchas cosas.

La chica sonrió.

—La paz no la encuentra, jamás, uno solo —musito.

—¿Qué quieres decir?

—Que la paz es cosa de dos. Espera, voy a remojarme un poco. Luego seguiremos hablando.

Y desapareció entre los arbustos. Sin duda iba al riachuelo que serpenteaba sobre el valle. Al cabo de unos minutos, reapareció, y entonces se dio cuenta *Bronco* Cassidy de por qué ella había dicho que la paz es cosa de dos. Y por qué se había ido diciéndole que esperase.

Iba completamente desnuda.

Fuera *blue-jéans*. Fuera blusita que nunca había tapado gran cosa. Fuera todo.

—Me gustaría recompensarte por el viaje —musitó.

—Nunca pido recompensas, nena.

—No me llames *nena*. Me llamo Sybil.

—¡A hacer puñetas, Sybil!

—No eres lo que se dice un tipo muy amable. ¿Qué pasa? ¿No te gustan las chicas?

Cassidy torció la boca, en un gesto astuto.

—Soy marica perdido —musitó.

Sybil abrió un poco los brazos.

—Entonces ven aquí, marica —dijo.

Cassidy fue.

El también estaba casi sin ropa. La abrazó.

Era un impulso superior a él. Era un extraño deseo hecho de dulzura, de ternura y de pasión, al mismo tiempo.

La chica hizo: «¡Ay!».

¡Demonios, menuda embestida!

De marica, nada.

Sybil musitó:

—Oye... ¿de qué jaula de los leones te han soltado?

Y enseguida se abandonó a él.

Fue para la chica la cosa más inolvidable de todas las que le habían ocurrido en la vida. O al menos eso pensó. Cuando se separaron, musitó con la respiración todavía un poco jadeante:

—Tendrías que venir a vivir con nosotros y predicar la paz. Somos doce chicas, lo cual quiere decir que, dentro de nueve meses, habría doce habitantes más en nuestra comunidad, dentro de dieciocho meses habría veinticuatro, y dentro de...

Cassidy gimió:

—No sigas. ¿Y todos me llamarían *papá*?

—¡Pues claro! ¿Y tú qué harías?

Cassidy balbució:

—Pedir socorro.

Sybil lanzó una breve carcajada y musitó:

—Seguiremos hablando de eso, pero ahora voy a remojarme otro poco. Me has dejado que parece que salga de un combate de lucha libre.

Y se alejó de nuevo. Cassidy esperó tranquilamente, mientras se vestía las prendas de ropa que le faltaban.

Y entonces la vio venir.

Debían haber pasado tres minutos, cuatro. La chica venía hacia él.

Pero apenas se sostenía sobre sus maravillosas piernas.

Toda la parte inferior de su cuerpo estaba bañada en sangre.

Y no era para menos.

La mitad de la espada que le habían clavado por la espalda, le salía por el vientre. Completamente roja.

CAPÍTULO VII

LAS CARICIAS DE LA HIENA

Aunque *Bronco* Cassidy era un hombre de reflejos instantáneos, un hombre que nunca vacilaba, esta vez los acontecimientos pudieron más que él. Por un momento se sintió tan asombrado, tan atónito, que no supo reaccionar.

Se quedó mirando a Sybil, como si ella fuera una alucinación. Como si nunca hubiera existido realmente.

Y entonces la turba de los asaltantes vino hacia él. Eran ocho: seis hombres y dos mujeres. Cuatro de ellos llevaban revólveres, uno una escopeta de cañones aserrados y los otros tres espadas de *samurái*. Una espada semejante era la que la muchacha llevaba atravesándole el cuerpo.

Las prendas que toda aquella extraña tropa vestía eran muy curiosas. Mezcla de guerreras militares y de ropas *hippies*. Pero todos usaban cascos de las SS alemanas y llevaban emblemas nazis. Lo mismo las armas que las ropas, se encontraban fácilmente en tiendas que aún venden restos de la II Guerra Mundial, y muchas bandas de *motoristas salvajes* las han adoptado para aterrorizar, aún más, a los ciudadanos normales. Pero detrás de aquellos disfraces había algo más; palpitaba un mundo que ya parecía muerto y en el que aquellos drogadictos se equivocaban del todo, pues Hitler hubiera enviado a las cámaras de gas a los vagabundos como ellos. En cierto modo no se sabía qué daban más: si miedo, risa o lástima.

Pero Cassidy pensó instantáneamente otra cosa: daban asco. Eran fugitivos de la ley que se habían reunido allí, porque se sabían seguros. Y no cabía duda de que Murdock los había contratado para liquidar a Lorna Muren y a todos los que entraran aquella noche en el valle, por si trataban de ayudarla. Eran profesionales del crimen

contra los que ni los agentes de la ley se atreven, porque siempre van en bandas. Sin duda, a ellos se había referido la pobre Sybil al decir que su grupo de *hippies* pacifistas y amantes de la meditación tendrían que acabar yéndose lejos.

Pero, ahora, Sybil estaba muerta.

Y Cassidy lo estaría, también, muy pronto.

El de la escopeta de cañones aserrados le había apuntado al centro del cuerpo. ¡BANG!

Aquel tipo tuvo la sensación de que disparaba.

Y disparó, en realidad, pero la metralla fue al suelo. Cuando apretó los gatillos correspondientes a los dos cañones, ya una bala le había entrado por el ojo derecho.

Cassidy disponía de cinco balas más.

Y sujetando el enorme revólver con las dos manos, inclinando el cuerpo hacia adelante, se convirtió en una ametralladora viviente.

Las cinco balas formaron un solo chorro de plomo.

Los gritos de muerte llenaron la noche.

Cassidy no podía hacer distinción entre hombres y mujeres, porque todos iban armados. Los envolvió en una alucinante ráfaga, aunque prestó especial atención a los que empuñaban armas de fuego. Contra dos de los que manejaban espadas de *samurái* no envió ninguna bala, dándoles realmente una oportunidad para huir.

Pero ya estaban sobre él.

Venían lanzando gritos.

Uno de ellos era una mujer.

Cassidy rodó por tierra, dando una fulgurante vuelta sobre sí mismo, mientras las dos espadas se cruzaban, echando chispas, a unos centímetros de su cuerpo. Oyó un doble rugido de odio mientras sus enemigos se disponían a atacar otra vez.

Pero el tío ya no tuvo tiempo.

De pronto algo le frenó en seco, pero no fue *algo* normal. Uno de los tacones de Cassidy se había clavado en su bajo vientre como si fuera una pieza de metal. Se oyó un aullido mientras el forajido se inclinaba, se llevaba las dos manos a la parte afectada y estaba a punto de soltar su arma. Cassidy se ocupó de que la soltara del todo, dando un nuevo puntapié a la empuñadura.

La espada de *samurái* fue a caer a unos pasos. Cassidy se lanzó hacia ella.

Aquel salto frenético le sirvió, también, para esquivar el salvaje ataque de la chica, que había venido hacia él gritando mientras alzaba el filo de acero. Su golpe —dado con una fuerza que nadie hubiese esperado de una mujer— hubiera podido partir en dos un cuerpo humano, pero el acerado filo se hundió en el suelo porque *Bronco* Cassidy vano estaba en el mismo sitio.

Había sujetado la espada caída.

Trató de levantarse, mientras la empuñaba con las dos manos.

Pero la chica ya venía, de nuevo, hacia él.

Gritaba como una poseída.

Valor no le faltaba, aunque también había la posibilidad de que le hubieran dado LSD con un porrón o con un embudo. A lo mejor iba empapurrada de droga hasta las entrañas, pero de todos modos, Cassidy no podía elegir.

Detuvo el primer mandoble.

Luego atacó.

Pensó: «Lástima».

Había sido una especie de *hará kiri*.

Todo el vientre de la chica quedó desgarrado.

Se oyó un grito de muerte.

El otro asesino había vuelto la espalda. Trataba de huir colina abajo.

Cassidy sujetó con ambas manos la espada.

La lanzó.

¡*CHASK!*

El ruido hizo estremecer, incluso, a un tipo como él.

El arma se había hundido, hasta el mango, en la¹ espalda del fugitivo.

Cassidy no le miró caer.

Hizo, solamente, una mueca de hastío.

A él no le gustaba hacer horas extras, y, sin embargo, su trabajo se estaba complicando cada vez más «En otra ocasión —pensó— que no me paguen por horas sino por muertos».

Y se quedó tan tranquilo. Al fin y al cabo, cada uno tiene derecho a cobrar como mejor le convenga.

Comprendió, entonces, que tenía al camino libre hacia el motel, donde sin duda estaría refugiada Lorna Muren. Claro que era posible que ya le encontrase muerta, si los asesinos de Murdock la

habían localizado allí.

Eligió un par de armas. Ya que su «Magnum Special» estaba de momento sin balas, y las otras no servían por ser de calibre más pequeño, apartó aquella especie de antitanque que tantas víctimas había causado y se despidió de él con cierta tristeza, como el que se despide de una entrañable y honrada herramienta de trabajo. El «Magnum» ya no le servía. A continuación eligió un revólver del 38 con su cilindro completo, una espada de *samurái* y una «Beretta» con el cargador medio lleno. Para matar a una mujer, tenía más que suficiente.

Claro que a él le gustaba *matar* a las mujeres de otro modo, pero el oficio es el oficio.

Fue en la moto, con una marcha suave, hasta llegar a las cercanías del motel. A sus espaldas quedaba toda aquella siniestra colección de muertos.

Por lo que pudo ver del edificio, éste se hallaba construido, ya, en un ochenta por ciento. Incluso alguna pieza debía resultar habitable, para que descansaran en ella los operarios que trabajaban allí varios días seguidos.

El motel estaba destinado a ser un establecimiento confortable y moderno, pero ahora tenía un cierto aspecto siniestro, como de pabellón de cementerio. No se distinguía en él ni una luz. En toda la inmensa zona destinada a *parking* y servicios auxiliares, se movían furtivas sombras. Parecía como si el peligro acechase en cada esquina.

Cassidy había llegado con las luces de la moto apagadas, y procurando moverse en la más absoluta oscuridad. El motor, cuando iba a bajo régimen, era ultrasilencioso, de modo que no podían oírlo desde el motel, si se detenía a más de cincuenta yardas de distancia. Nadie se daría cuenta de que estaba allí.

Pero cometió un error.

Fue algo en que ni a un hombre tan preparado como él se le ocurrió pensar. Frenó levemente la moto para dejarla entre dos arbustos que la harían invisible, y de una forma inevitable se encendió la luz roja del *stop*.

Ni que hubiera sonado una señal de alarma.

Inmediatamente brotó de la estructura del motel un disparo. Uno solo. Pero fue suficiente para cargarse el bloque del motor,

dejando así a Cassidy sin ninguna posibilidad de huida.

La bala debía ser blindada, porque atravesó la carcasa del *cárter* y pulverizó piezas vitales de la «Honda». Inmediatamente Cassidy saltó por los aires, porque en fracciones de segundo se dio cuenta de que la siguiente bala sería para él.

No se había equivocado.

El segundo proyectil pulverizó el sillín.

Si Cassidy llega a estar sentado allí, no hace falta decir que las posaderas ya no le hubieran vuelto a servir para nada, jamás.

Rodó por entre los arbustos.

Y, mientras tanto, miró con asombro hacia el motel. Porque nunca se había encontrado ante una tiradora igual.

Tenía que ser Lorna Muren, la condenada hiena, la rata repugnante.

En aquel momento, el rifle que había disparado las dos primeras balas empezó a batir la zona con una precisión implacable. Ni el cálculo de un equipo de artilleros, milimetrando el terreno, hubiera resultado tan perfecto. Los plomos fueron a derecha e izquierda de la moto, arriba y abajo, sembrando de muerte todos los posibles lugares en que había de encontrarse Cassidy.

Una rama se partió ante los ojos de éste.

Otra bala le produjo una rozadura en el tobillo.

La moto saltó, de pronto, como si la hubieran puesto en marcha, y el depósito de gasolina estalló convirtiéndose en una bola de fuego.

Pero lo peor para Cassidy fue que las llamas le iluminaron. Supo inmediatamente que Lorna Muren rectificaría el tiro.

Y así fue.

Si Cassidy no llega a saltar con la rapidez de un gamo, la bala le parte por la mitad. Tuvo que rodar por entre la maleza, mientras la noche se llenaba de silbidos de muerte.

Cuando, por fin, se vio fuera de la zona iluminada, respiró profundamente. Nunca se había encontrado ante una enemiga igual. Y una sorda rabia le acometió al pensar que era una mujer la que le estaba destrozando de aquel modo.

Lanzó una maldición.

Para mayor desesperación suya, el rifle que utilizaba su enemiga estaba dotado de tubo apagallamas, de modo que los fogonazos no

se veían por ninguna parte. No obstante, Cassidy calculó el ángulo de las balas y supo, aproximadamente, dónde estaba.

Tenía que ser en la tercera ventana a la izquierda. En esos cálculos, Cassidy era un verdadero diablo.

Envío fuego hacia aquella ventana.

Pero él no llevaba apagallamas.

El fognazo le delató.

Inmediatamente, un nuevo plomo, disparado con una maestría increíble, se le llevó la «Beretta» de las manos, y no le destrozó los dedos por verdadero milagro. La bala se desvió a causa del metal de la pistola, porque, de lo contrario, le hubiese atravesado también la mitad del cuerpo.

Nuevamente Cassidy lanzó una maldición.

Aquella condenada estaba jugando con él. Cada vez que apretaba el gatillo, le hacía bailar como un muñeco de tiro al blanco.

Pero ahora Cassidy había vuelto a calcular con perfección el ángulo de tiro de su enemiga, y comprendió que una bala no podría alcanzarle si no era de rebote. Por lo tanto disparó hacia el ángulo de la ventana con su nuevo revólver del 38, procurando tapar el fognazo con la otra mano todo lo posible.

La bala dio en el edificio, salió rebotada, cruzó la ventana y fue a acariciar la mejilla de la mujer, en la cual dejó un delgado rastro de sangre. Lorna Muren lanzó un débil gemido que no fue de dolor, sino de sorpresa.

Jamás había visto un tirador igual.

Pero, inmediatamente tuvo motivos para darse cuenta de que aún era mejor de lo que había creído en el primer momento. Porque otra bala disparada con una maestría increíble segó de lleno el cordón de la lámpara que estaba casi sobre Lorna Muren. La lámpara cayó a plomo y por poco le aplasta, a la mujer, la cabeza.

¡Y eso que Cassidy no podía verla!

¡Había tenido que disparar las dos veces de carambola, como si jugase al billar!

Lorna Muren se dio cuenta de que era el enemigo más implacable con que se había enfrentado en su vida. Pero como ella era de las que nunca ceden, se dispuso a jugárselo todo a una carta.

Asomó por la ventana.

Vio que el hombre venía en zigzag.

Era una flecha.

¡BANG! ¡CRAAAAC!

Las dos balas parecieron estallar en el aire. Lorna Muren pensó que le había alcanzado, pero, de pronto, con un infinito asombro, se dio cuenta de que seguía avanzando. Como si hubiese adivinado el camino de las balas, Cassidy había hecho dos fantásticos quiebros en el momento preciso.

Caso de conocerlo mejor, Lorna Muren no se hubiese asombrado tanto. En el primer disparo, Cassidy había tenido una cierta suerte al ser alcanzado, pero en el segundo, que iba sobre seguro, se salvó gracias a una fantástica maestría en el cálculo. Conocía muy bien el modelo de rifle que ella empleaba y sabía las décimas de segundo que se había de tardar en apretar el gatillo de nuevo. Si una bala había ido a la derecha, la otra iría a la izquierda para batir el terreno mejor. Por lo tanto le quedo un tiempo infinitesimal para cambiar el cuerpo de dirección.

Y la segunda bala casi le rozó, pero sin herirle.

Contrajo, entonces, todos los músculos.

¡Adelante!

La entrada del motel estaba a unas ocho yardas, y él las recorrió de un solo salto. Rompió los cristales y rodó por el vestíbulo, como un fardo.

Pero ya estaba dentro. Empuñó el revólver, mientras sus facciones se crispaban en una mueca. Para Lorna Muren, por muy lista que fuese, había llegado la hora del juicio final.

Cassidy alcanzó la escalera.

Había sobre ésta una gran araña que colgaba del techo. El joven ni siquiera se fijó en ella, porque lo único que le preocupaba era no quedar enfilado por el rifle de su diabólica enemiga. Calculó que no correría peligro hasta llegar al recodo y por eso avanzó con cierta rapidez.

¡BANG!

Fue un solo disparo.

Increíble.

El gancho del que la lámpara colgaba, se partió en dos.

Ahora Lorna Muren le devolvió la moneda.

Cassidy tuvo que saltar como un gato para que la pesada

lámpara no le aplastase. Aquella mole de acero y cristal podía dejar planchado a un hombre y no le alcanzó a él por sólo unos centímetros. La lámpara se cargó varios peldaños de mármol, rebotó en ellos y fue contra la barandilla, que se hundió como si la casa estuviera siendo asolada por un terremoto.

No se podía conseguir más, con una sola bala. Aquella maldita Lorna Muren estaba haciendo auténticos milagros.

Bronco Cassidy llegó al recodo, mientras aún le dolía todo el cuerpo a causa de la terrible contracción que había tenido que hacer. Sabía que allí le acechaba la, muerte y que su enemiga no fallaría.

Lorna Muren debía tener el rifle preparado más allá del recodo, en el piso superior. Para probarlo, Cassidy hizo saltar al aire un pequeño billetero de piel que llevaba en el bolsillo.

El simple vuelo de aquel objeto ante su campo visual, hizo reaccionar a la mujer. Disparó con una fantástica rapidez y atravesó el billetero. Si aquello llega a ser la cabeza de Cassidy, la deshace.

Cassidy no se entretuvo ni una décima de segundo. Hizo entonces lo único que ella no podía esperar.

Pasó en vuelo planeado por encima de la barandilla rota. Cayó de nuevo al vestíbulo, donde había un par de divanes. Rebotó en uno de ellos y mientras estaba en el aire... ¡disparó!

En su nueva posición dominaba el recodo de la escalera y podía ver a Lorna Muren. Ella fue completamente cazada por sorpresa.

Cassidy logró hacer también una carambola con la bala. El plomo pasó tan cerca del cuello de la mujer, que le produjo una contracción.

Pero no por eso se estuvo quieta. Disparó dos veces con su rifle sobre el diván y lo hizo cambiar de sitio, para que no tapase a su enemigo.

Cassidy ya rodaba por el suelo, porque, de lo contrario, las balas le dejan seco. Vio entonces fugazmente que Lorna Muren corría por el pasillo superior y comprendió que ya no podía alcanzarla. Estaba fuera de su ángulo de tiro.

Pero en cambio había en el pasillo una figura de madera que representaba un buscador de oro y que servía para ambientar la decoración. Cassidy le envió dos balazos y la volvió con la fuerza de los impactos para que cayese delante del sitio por el que iba a pasar

la fugitiva.

Fue otra carambola prodigiosa. La mujer tropezó con aquel obstáculo inesperado y cayó de bruces, mientras perdía el rifle. De pronto, Cassidy disponía de una magnífica oportunidad, aunque tuviera que aprovecharla con la velocidad del rayo, antes de que ella reaccionase.

Dos saltos le bastaron para subir todos los peldaños.

Y vio, caída, a Lorna Muren.

Era la primera vez que se la echaba a la cara. La primera vez que la podía ver con algún detalle, ya que en los minutos anteriores apenas había llegado a distinguir su silueta.

Todo había ocurrido, hasta entonces, con una velocidad prodigiosa, pero en este instante *Bronco* Cassidy sintió que debía detenerse para contemplarla mejor. Tuvo la sensación de que una fuerza superior a él le estaba inmovilizando. La boca se le abrió, poco a poco, mientras balbucía algo parecido a una interjección.

Porque la mujer era la más prodigiosa que había visto, y eso que él entendía de hembras. Porque había que recorrer mucho mundo para ver otras piernas como aquéllas, otro busto tan potente, otra cara tan sensitiva. Lorna Muren era un auténtico calibre pesado, pero con todo en su sitio, con toda la carne dura y prieta, con las curvas marcadas, con la piel joven, fina, tensa. Mo era una mujer apta para medio maricas ni para tíos flojos. Podía acabar con uno, con sólo tenderse en la cama y decir: *Ven...*

Y ahora no estaba tendida en la cama, sino en el suelo. Con el vestido roto y mostrando su soberbia anatomía. Con el pelo caído, en parte, sobre la cara. Con los ojos destilando odio.

No tenía ninguna posibilidad de defensa, puesto que su rifle había quedado lejos. En cambio, Cassidy disponía del calibre 38 y podía atravesarla con él.

Ella le miró fijamente.

Sus párpados no temblaron ni una vez.

—¿Quién te paga? —preguntó.

—¿Quién crees tú?

—Murdock.

—Murdock está tratando de liquidarte y ha movilizao a todos sus hombres para eso, pero ni siquiera ha conseguido acercarse a ti. En parte, tienes que darme las gracias de eso, porque he eliminado

a muchos de sus esbirros.

Ella le miró con sorpresa, como si no acabara de creerle.

—Entonces, si no te paga Murdock —preguntó— ¿quién te paga?

—El gobierno de Estados Unidos.

Lorna Muren tampoco se sorprendió. Parecía dar por descontado que, de un modo u otro, aquello tenía que suceder. Mientras en sus labios se dibujaba una sonrisa de desafío, preguntó:

—¿Eres un agente especial?

—Soy un hijo de perra.

—Eso está a la vista. ¿Cuánto te pagan?

—Se limitarán a romper mi expediente. Soy un policía expulsado al que dan una nueva oportunidad.

—¿Sí? ¿Y cuál es la orden?

—Sencillamente: matarte.

Y alzó un poco su revólver.

Sus labios dibujaban una mueca que era de asco hacia sí mismo.

—Nunca he matado a nadie por tan poca cosa —gruñó—. Sólo para que me dejen ser otra vez un pesquisista de plantilla. Sólo para que me dejen llegar a viejo, sin necesidad de arrastrarme por las calles cobrando recibos atrasados para algún corredor de apuestas. Sólo para que no llegue a ser más hijo de perra de lo que soy todavía. Mejor dicho: seguiré siendo un hijo de perra, pero al menos me darán una chapa.

Lorna Muren susurró con desprecio:

—Es bien poca cosa para un hombre.

—Sí. Pero es todo lo que un hombre necesita. O al menos todo lo que necesita un can.

Y le apuntó al centro de los ojos. —Reza— dijo.

Ella le miraba sin pestañear. Con desprecio. Con odio.

Cassidy dijo, sintiendo que algo se le helaba dentro:

—¡Adiós!

Y apretó el gatillo.

O, al menos, creyó que lo apretaba.

Todo ocurrió tan velozmente que, pese a su veteranía, no se dio cuenta exactamente de lo que estaba sucediendo.

Pero aquel zapato de la mujer había ido directamente a su revólver. Lorna Muren lo lanzó con una fuerza y una precisión

absolutamente increíbles.

El golpe no fue de todos modos demasiado fuerte, pero bastó para desviar el cañón del arma cuando Cassidy apretaba el gatillo. La bala se perdió. Cassidy lanzó una maldición, fue a bajar el arma de nuevo y entonces se dio cuenta de que algo volaba hacia sus rodillas.

Era la propia Lorna Muren.

Un campeón de fútbol americano no lo hubiera hecho mejor.

Fue un placaje perfecto.

Los dos rodaron por el suelo mientras ella daba un golpe de karate a la mano armada de Cassidy. Éste nunca su había encontrado con una cosa igual, porque de repente se dio cuenta de que el 38 volaba.

Lorna Muren había demostrado ser una formidable *karateka*, pero estaba bien lista si creía que iba a cazarle.

El levantó las piernas.

Lorna Muren salió despedida por los aires. No había esperado aquella contracción y aquel lanzamiento dignos de un campeón de lucha. Chocó contra la pared.

Pero lanzó un grito de rabia, mientras venía al ataque de nuevo.

Cassidy la esperó.

—¡Hijo de zorra!

—¡Mamá!...

Chocaron brutalmente sus cuerpos. Sus caras. Sus bocas.

Ella le clavó la rodilla en los testículos con toda la fuerza de sus nervios, de su odio; con toda la fuerza de su sangre. Pero, ante su asombro, ocurrió una cosa increíble: Cassidy ni se movió.

No chilló.

No pestañeó siquiera.

El muy marrano hizo una cosa distinta.

Le besó, a ella, en la boca.

Lorna se revolvió con todas sus fuerzas, mientras le asestaba dos rodillazos más. Pero ante su asombro. ¡Cassidy siguió besándola!

¿Qué pasaba?

¿Era que aquel tío no tenía nada?

¿O lo que tenía iba cubierto con blindaje?

De pronto Cassidy tuvo que soltarla, porque el dolor se había hecho insoportable. Lo hizo con tal violencia que la mujer salió

despedida contra la pared.

El choque fue brutal.

La pared pareció cuartearse.

Y Cassidy empleó entonces un golpe tan poco noble como el que ella había empleado poco antes. Le golpeó directamente un pecho con el canto de la mano. Pero el que se hizo daño en la mano fue él.

¿También ella los tenía blindados?

Cassidy arqueó una ceja.

Quiso comprobarlo.

Fue a por el otro.

Y entonces se dio cuenta de que sucedía una cosa increíble, como increíble había sido lo que hizo antes él. Porque Lorna no hacía la menor mueca de dolor, Lorna, por el contrario, le había sujetado por el pelo... ¡y le estaba besando!

—Maté a mis violadores porque tenía que hacerlo —barbotó ella—. Porque, de lo contrario, estarían libres en dos días... ¡para violar y matar otra vez! ¡Porque la ley ya no ampara a nadie! ¡Porque a un ser humano que quiera seguir viviendo ya no le queda más remedio que la defensa propia! ¡Y ahora mátame si puedes! ¡Mátame, rata!

Le dio en el cuello, con el borde de la mano, un golpe capaz de partirle la yugular a cualquiera, Pero Cassidy no retrocedió ni un paso. Se limitó a lanzar una maldición mientras sujetaba a la mujer por sus potentes curvas.

—Condenado... —barbotó ella—. Tía buena...

Volvió a besarla otra vez. Los dos se mantenían como luchadores en el difícil equilibrio de un *ring*. Sus manos castigaban, sus labios herían, sus cuerpos se estaban buscando...

Y fue, entonces, cuando Cassidy los vio.

Fue apenas un leve relampagueo.

Pero se reflejaron en los ojos de la mujer que tenía delante. Vio que se insinuaban las sombras.

Cinco sombras.

Y *Bronco* Cassidy lo comprendió de pronto, mientras se volvía con la rapidez del rayo. ¡Murdock y su plana mayor estaban allí! ¡Al ver que todo fracasaba, habían venido ellos mismos a liquidar a Lorna Muren!

Cassidy, pegado al cuerpo de la mujer, los miró.

Los cinco pistoleros, los cinco asesinos. Murdock y los cuatro

hombres que le quedaban, todo lo que ahora podía mover. El resto de sus sicarios estaban, ahora, cantando salmos en lo más bonito del Valle de Josafat.

La mujer quedó quieta.

Rígida.

Se daba cuenta de que ahora sí que estaba todo perdido. De que la muerte acababa de llegar.

No sólo Cassidy era un enemigo implacable, sino que los otros acababan de llegar también. Ya no podía escapar. El círculo de pistolas que la rodeaba era un círculo de muerte.

Murdock dijo, con voz helada:

—Apártate, Cassidy.

—¿Por qué he de apartarme?

—Te haremos el trabajo.

—¿Qué trabajo?

—Nos ha costado mucho esto, Cassidy. Tener acorralada a esta rata no ha sido fácil. Pero ahora que lo hemos conseguido, vamos a arreglar las cosas a nuestro modo. La cosemos a balazos y decimos que lo has hecho tú. De ese modo te rehabilitan y te vuelven a dar la chapa.

Cassidy apretó los labios.

Notaba, en su cara, la mirada caliente de Lorna Muren.

Murdock susurró:

—Vamos, decídetes... No puedes quejarte del trato. Voy a contar hasta tres para que te apartes. Uno...

Cassidy iba desarmado.

El revólver había volado, cuando Lorna le dio el golpe de karate.

—Dos...

Se distanció un paso.

Dejaba a Lorna Muren sola, expuesta al fuego graneado de los pistoleros.

Ella barbotó con desprecio:

—Rata asquerosa...

Otro paso.

Ahora sí que ella estaba bien sola. ¡TRES!

Cinco pistolas se alzaron a la vez. Cinco puntos de mira buscaron, ávidamente, el centro de la cara de Lorna.

Y entonces se oyó el grito salvaje de *Bronco* Cassidy.

Su grito de fiera.

Aquel aullido de lucha que hubiese helado la sangre en las venas de un *karateka*.

El primero que se dio cuenta de que algo muy grave estaba pasando allí fue el propio Murdock. El no tenía los testículos blindados, y, desde luego, lo demostró. Cuando recibió aquel salvaje punterazo en el sitio exacto, dio tal salto hacia atrás y lanzó tal grito que su masculinidad pareció salirle por la oreja derecha. Con la cara convertida en una masa de color ceniza, dio dos brutales vueltas sobre una pared.

Los otros cuatro pistoleros se desorientaron un momento. Las armas que iban dirigidas hacia Lorna Muren airaron un poco, para enfilar a Cassidy. Pero éste volaba ya materialmente hacia el sitio donde había caído su revólver.

También chocó contra la pared.

Rebotó en ella.

Las balas picotearon el punto exacto donde una décima de segundo antes había estado su cuerpo. Se oyeron dos maldiciones.

Murdock gateaba por el suelo, mientras todavía aullaba de dolor.

Cassidy dio otra vuelta sobre sí mismo.

Pero cuando plantó cara a sus enemigos... ¡ya tenía el revólver en la mano otra vez! ¡El 38 ya brillaba entre sus dedos como un presagio de muerte!

Murdock apenas pudo barbotar:

—¡Cuidado!

También él había recuperado su arma, una enorme «Colt» del nueve largo. Pero entonces le pareció estar sufriendo una extraña pesadilla.

Era como un baile macabro.

Dos de sus hombres habían iniciado aquella danza.

Los disparos habían atronado el pasillo, pero él apenas los oyó. El 38 de Cassidy enviaba un continuo chorro de fuego.

Gastó en aquellos dos enemigos todas las balas que le quedaban, porque necesitaba asegurarse. Los dos cayeron con las caras convertidas en máscaras rojas, patéticas, sangrantes, mientras en el pasillo se oían sus gritos de dolor.

Pero quedaban tres enemigos más.

¡Y Cassidy estaba desarmado, ahora!

Escupió un grito de rabia mientras se lanzaba hacia el primer enemigo, con los dos pies por delante. La pistola, que ya le estaba apuntando, sufrió una sacudida.

La bala brotó, pero salió alta.

Todo el techo pareció temblar.

El pistolero que acababa de fallar el disparo vaciló. De una forma confusa vio que iba a caer sobre Lorna Muren. Y de una forma todavía más confusa, vio las grandes manos de la mujer.

Aquellas manos sujetaron amorosamente su cabeza.

Una torsión.

Un chasquido.

Un grito de agonía.

¡CRACK!

Aquel hombre no llegó a darse cuenta de que su cabeza había sido casi separada del tronco, a causa de la salvaje torsión. Sus vértebras cervicales estaban rotas. Salió despedido como un muñeco, mientras el cuerpo se le bamboleaba de un lado para otro.

Murdock intentó ponerse en pie, mientras tendía el brazo con la pistola «Colt». Pero, de pronto, se dio cuenta de que Cassidy había dado una espectacular vuelta de campana, situándose tras él.

Sus dientes chirriaron.

Fue a volverse.

Y ya no hubo tiempo. Una mano férrea; una mano que parecía el resorte de una máquina, había sujetado los dedos de su derecha y disparaba con la propia pistola de Murdock. Éste, con los ojos desencajados, vio caer al único hombre que le quedaba.

Había sido alcanzado de lleno. Su cuerpo pareció ir a partirse en dos. Mientras lo veía caer, Murdock lanzó un chillido de rata.

—¡Noooooooo!...

Cassidy lo sujetó con sus brazos de hierro y le hizo estallar dos veces la cabeza, contra la pared. Luego lo arrojó por la ventana.

E hizo una mueca.

Nada de aquello parecía haberle impresionado.

Ni los disparos. Ni los gritos.

Ni la presencia obsesionante de la muerte.

Lorna Muren se acercó a él.

Quizá por primera vez en su vida, los labios de Lorna Muren

temblaban.

—¿Por qué lo has hecho? —musitó—. ¿Por qué no has aceptado el trato?

—No me convenía. Me hubieran matado luego a mí —contestó él, secamente.

—¿Estás seguro?

—Seguro... Voy a preguntárselo. Verás como dicen que sí.

Y sujetó uno de los cadáveres.

Y Luego lo soltó, poco a poco.

—¿Ha dicho que sí? —preguntó ella, suavemente.

—Al menos te juro que no ha dicho que no.

—¿Por qué lo has hecho, Cassidy? ¿Por qué?

La voz de Lorna Muren seguía siendo suave, tierna. No parecía la misma. La voz de Lorna Muren era, nuevamente, la de una mujer.

Cassidy murmuró:

—Al infierno la chapa de perro que me iban a dar. Al infierno todos ellos. Por eso lo he hecho.

Y mirando a Lorna, añadió:

—Al infierno, tú también.

Y fue a alejarse, pasando por encima de los muertos.

Pero notó que Lorna Muren le seguía. Que le seguía como un perro, sumisamente.

—Cassidy —dijo ella.

Cassidy se volvió bruscamente.

—¿Pero qué haces todavía aquí? ¿No te he dicho que te vayas al infierno? ¡Lárgateeee!

Ella musitó:

—Nos iremos al infierno los dos, Cassidy.

Y se acercó un poco más. Le tendió los labios.

—¿Es que aún no te has enterado de que me habían ordenado matarle? —barbotó Cassidy mientras la besaba brutalmente.

Ella se apretó más contra él.

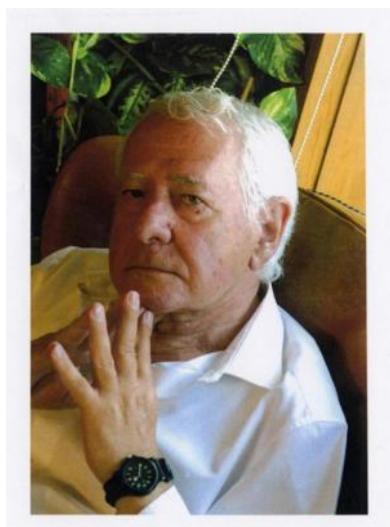
Y solamente dijo, aceptando la violencia de sus besos:

—Oye... Ten cuidado... Bruto...

Añadió:

—Me matas...

FIN



Francisco González Ledesma (Barcelona, 17 de marzo de 1927, 2 de marzo de 2015) fue un periodista, guionista de historietas y novelista español. Especializado en los últimos años en el género policíaco, fue considerado como uno de los principales impulsores de la novela negra de corte social en España, junto a Manuel Vázquez Montalbán. Bajo el seudónimo de Silver Kane publicó más de 1000 novelas, la mayoría novelas del oeste, aunque también escribió bajo los seudónimos de Taylor Nummy y Silvia Valdemar, así como novelas románticas como Rosa Alcázar y Fernando Robles, siendo su último seudónimo utilizado en

2007-08

el de Enrique Moriel para dos de sus últimas novelas.

El primer reconocimiento le llega en 1948 cuando gana, con Somerset Maugham y Walter Starkie en el jurado, el Premio Internacional de Novela gracias a *Sombras viejas*. Pero la obra premiada es censurada por el régimen franquista y se frustra el prometedor futuro del autor.

Coartado por la dictadura, González Ledesma empieza a escribir, bajo el seudónimo de Silver Kane, novelas populares para Editorial Bruguera. Desencantado de la abogacía, estudia periodismo e inicia una nueva etapa profesional en *El Correo Catalán* y, más tarde, en *La Vanguardia*, alcanzando en ambos periódicos la categoría de

redactor jefe.

En 1966 fue uno de los doce fundadores del Grupo Democrático de Periodistas, asociación clandestina durante la dictadura en defensa de la libertad de prensa.

En 1977, con la consolidación de la democracia en España, publica *Los Napoleones* y en 1983 *El expediente Barcelona*, novela con la que queda finalista del Premio Blasco Ibáñez y en la que aparece por vez primera su personaje emblema, el inspector Méndez. En 1984 obtiene el Premio Planeta con *Crónica sentimental en rojo* y la consagración definitiva.

Como abogado ha recibido el premio Roda Ventura y como periodista el premio El Ciervo. En 2010 se le otorgó la Creu de Sant Jordi por su trayectoria informativa y por la calidad de su obra, de proyección internacional.

Notas

[1] La legislación norteamericana permite a los condenados apelar ante el juez que los sentenció, ante el Tribunal Supremo de cada estado y, por último, ante el Tribunal Supremo Federal, con lo cual se consume un mínimo de dos años antes de la ejecución de la sentencia, en el caso de que ésta sea confirmada cada vez. (Nota del escritor). < <

[2] Cielo Drive era la calle de Los Angeles en que vivía Sharon Tate cuando fue asesinada con cuatro personas más en la sangrienta orgía de la familia Manson, en 1969. < <

[3] Algunos periodistas llevan en sus coches radios semiclandestinas que captan la misma longitud de onda que los coches patrulleros de la policía. (N. del E.). < <

[4] Efectivamente, la taita de coordinación entre las diversas secciones de policía de Los Angeles ha llegado a hacerse famosa. (Nota del Escritor). < <

[5] Famosos autores norteamericanos —son marido y mujer— de libros sobre educación sexual. (N. del E.). < <